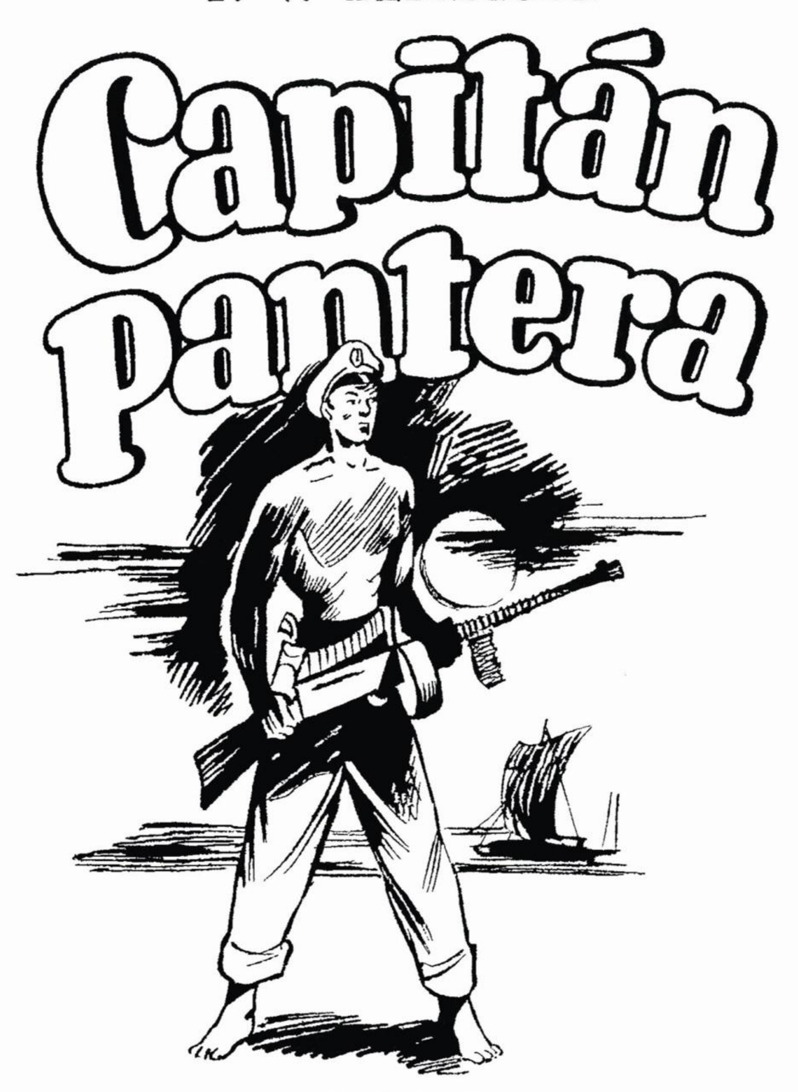


3 PTAS

LA MUERTE VIAJA EN YATE

P. V. DEBRIGODE



PUBLICACIONES LUX
MADRID - BARCELONA - BUENOS AIRES

ES PROPIEDAD

SIMPAR, S.A. – Provenza, 330 – Barcelona



Por P. V. DEBRIGODE

CAPÍTULO PRIMERO

LOS TRES SOCIO

La bala pasó silbando agudamente, como un moscardón irritado, por encima del hombro derecho de Clem Stack, que, instintivamente, se agachó.

La segunda bala le perforó limpiamente el sombrero fieltro y fué a hincarse con un ruido de taponazo en el respaldo del diván.

La tercera latigueó en el vacío porque Clem Stack, abandonando su agachada postura defensiva, acababa de saltar hacia saltar hacia un sillón, que volcó, parapetándose tras el ancho mueble, cuyo cuero relleno de crin y corcho constituía un atrincheramiento eficaz.

Engarfió la diestra alrededor de su pistola ametralladora, encañonándola hacia el umbral de la habitación de donde habían partido los disparos.

En la otra sala, que era el vestíbulo de entrada al pequeño piso-ático habitado por Clem Stack. El teniente del Cuerpo de «G-Men», Anthony Marquahson, invisible, porque se agazapaba tras otro sillón de idéntica contextura al que encubría a Clem Stack, habló con sequedad, y en sus palabras alentaba una inexorable decisión:

—Ríndete, Clem. Te disparé porque me recibiste a tiros, cosa que ya tenía prevista. Pero no he tirado a matar. Si no lanzas hacia aquí tu arma, mi próximo blanco será tu cerebro de asesino.

Clem Stack, enjuto y aparentemente flemático, era un individuo de rostro melancólico. Daba una repentina impresión de ser un sujeto triste, infinitamente triste…

Su voz no tenía casi vibración, cuando habló lentamente, sin variar de postura:

—Te creí amigo, Anthony. No obstante, tu visita esta noche ha sido de polizonte. Reconozco que tienes práctica en esta clase de visitas. Supiste abrir la puerta con la misma rapidez con que elegiste el mejor de mis sillones para «dialogar» conmigo.

Anthony Marquahson cautelosamente rozó con la sien el suelo para intentar desde aquella posición sorprender algún punto visible de la anatomía de Clem Stack.

Pero su ejercitado oído, así como sus bien entrenados reflejos, le hicieron retroceder el cuello con celeridad…

La bala disparada por Clem Stack rebotó contra el suelo encerado, exactamente en el mismo lugar donde una fracción de segundo antes estaba la frente del teniente de «G-Men».

—Lo siento, Anthony. Nunca hubiese supuesto que tuviera que matarte. Fuimos a la Universidad juntos, ¿recuerdas?

El diálogo de los dos hombres, cada uno de ellos parapetado tras un sillón, y hablándose desde una distancia de cinco metros a través del marco abierto que comunicaba las dos habitaciones, tenía carices de incongruencia o de juego.

Pero las dos pistolas eran las que realmente aguardaban la ocasión, y las palabras eran sólo un especial sedante para los nervios tensos.

—A quien me hubiese dicho que tú, Clem Stack, ibas a convertirte en un jefe de «gang» le hubiese roto la mandíbula —y el detective rió amargamente —. Te apreciaba mucho, Clem. Para los otros eras un taciturno reservado y arisco. Para mí, el mejor amigo. Y… ¡esta noche he encontrado la pista del que ordenó y planeó el ataque al «South-Bank»!

—Fué una lástima. Eran varios millones… y fracasó por un entrometido cajero.

—¡Un valiente! Un honrado americano al que los cerdos asesinos de tu calaña no le impusieron temor… Lo mataste, Clem Stack. Murieron también bajo tus balas y las de tus cómplices otros cuatro infelices… ¿Para qué Clem Stack? ¿Para qué?

—Achaca la culpa a la Bolsa… Unas especulaciones desafortunadas y…

—¡No!

—Bien sabes que es cierto. Perdí en la baja del trigo mis billetes…

—Eso lo sabía. Si he negado, era porque tu motivo, tu pretexto para asesinar a mansalva, atracando un Banco, es anormal. Debí adivinar que eras un anormal, Clem Stack, con impulsos morbosos…

La voz del teniente vibró ahora con cierto temblor:

—Ríndete, Clem…

—No quiero sentarme en la silla de los «calambres».

—Atiende, Clem. Tengo dos cargadores de treinta y cuatro plomos. Menos tres que te largué, echa la cuenta y sabrás el ruido que puedo aún producir. Te iré explicando lo que voy a hacer. Arrastraré el sillón hasta la puerta de salida de tu piso. Esta puerta que está a mis espaldas. La abriré, y

dispararé bala tras bala hacia la caja del ascensor. No tardarán en subir. La alarma cundirá, y no podrás escapar. Ríndete, Clem Stack.

—Ya conoces mi lema, Anthony. Mi lema de hombre de negocios y que no he abandonado. Cuando emprendo un negocio lo sigo hasta el fin con todas sus consecuencias. Tú has sido el único hombre que me inspiró cierta amistad. Pese a ello, no vacilaré en rellenarte de plomo. A mí no me cogen para esposarme y meterme en capilla, después de un juicio donde los fotógrafos y la masa se apretujen para devorarme. No quiero oír ni leer frases tan denigrantes como, por ejemplo: «El abogado Stack abandonó el bufete y los negocios para dirigir un «Gang»…»

Anthony Marquahson iba realizando lo que había advertido. Arrastraba el sillón hacia la puerta, alejándose del lugar donde se hallaba Clem Stack.

Pero el mueble pesaba y era escasa la sujeción que podía ejercer empuñándolo con la izquierda, por debajo del asiento y en su parte posterior.

Anthony Marquahson era hombre rudo, poco sensible. Pero había sido compañero de estudios del que le estaba acechando. Había experimentado hacia Clem Stack un afecto viril…

Tenía tales deseos de terminar pronto con lo que estaba constituyendo para él un acto de servicio que le desgarraba el alma, que olvidó su habitual precaución.

Para arrastrar con más rapidez el sillón lo agarró por uno de los brazos… «¡Plop!» «¡Plop!»

El silenciador ajustado a la boca de la pistola ametralladora de Clem Stack acababa de escupir dos llamaradas.

Alcanzado en la mano y en el antebrazo, Anthony Marquahson dejó caer el brazo invalidado, crispando el rostro en mueca dolorida.

—Buena puntería, Clem Stack.

Colocóse el «G-Man» la pistola en el sobaco izquierdo, manteniéndola apretadamente, y su diestra fué arrastrando el sillón hacia la puerta.

El pomo que descorría el cerrojo no estaba protegido por el respaldo del sillón.

Clem Stack hacía avanzar su sillón, empujándolo apresuradamente… Comprendieron ambos hombres que había llegado el momento en que iban a matarse.

Iban a acribillarse, porque uno no permitiría que el otro alcanzase el pomo y abriera la puerta.

Disparó Clem Stack contra el brazo ya herido, que Anthony Marquahson heroicamente sacrificaba a conciencia…

La puerta se abrió, y Clem Stack, que se disponía a saltar, quedóse con los músculos tensos, expectante… Su rostro, infinitamente melancólico, esbozó una sonrisa tenue, amarga: su habitual y rara sonrisa.

Anthony Marquahson yacía boca abajo, sin sombrero, sangrante la nuca… En el umbral de la puerta recién abierta, un individuo atlético, de facciones enérgicas, examinó rápidamente al caído, mientras con el tacón

cerraba la puerta.

—Creo que he llegado a tiempo, ¿no, Stack?

Levantóse Clem Stack sacudiéndose las rodilleras.

—¿Algo anormal abajo o en el ascensor? —preguntó.

—Todo como siempre —replicó Gene Carter—. Por lo visto, el tipo ese ha venido solo. Y tu ático está bien situado. Buenas paredes «termos»… No hay alarma.

Clem Stack señaló con la barbilla al «G-Man» sin sentido.

—Respira… No lo mataste, Carter. Lo siento, pero tendré que interrogarle. Me interesa averiguar cómo supo que el atraco del «South» lo dirigí y planeé yo.

Gene Carter atestiguaba por el corte de sus ropas que se vestía en el mejor sastre de San Francisco. Para quien le viera, Gene Carter era el prototipo de hombre de acción, joven aún, de recia mandíbula y ojos duros.

—Puedo interrogarle yo, si quieres —ofrecióse.

—Mejor será. Tengo entendido que tienes práctica.

Gene Carter ató las dos muñecas del «G-Man» con su propio cinto. Fué al mueble-licorero y extrajo un frasco de «pippermint».

—El «whisky» y el coñac son recursos de principiante.

Bestialmente alzó uno de los párpados del inconsciente detective, vertiéndole el verde líquido en la pupila. Fué inundando alternativamente los dos ojos…

El violento escozor reanimó poco después al herido.

Se encontraba en un estado de aturdimiento en que no podía dominar su cerebro, pero oyó, sin saber de dónde procedía, procedía una pregunta:

—¿Quién te envió?

—Nadie… —replicó semiinconsciente el «G-Man»—. Nadie más que… yo, sabe… que Clem… Clem…

Clem Stack aplicó la boca del silenciador en la sien del detective. Uno, dos, tres, cuatro…

Gene Carter rió admirado.

—Cuatro balazos en la sien, silencio seguro. Ya podemos estar tranquilos del todo, Stack. Nadie sabe que fuimos nosotros los del «South». Y tu amigo no mentía. Hablaba sin darse cuenta.

—Somos socios, Carter. Te elegí porque vales, y eres de mi categoría. Pero considero que debemos liquidar la sociedad. Nosotros dos seguiremos juntos, pero… sobran los siete restantes. Tarde o temprano hablarían. Son bastos y de poco cerebro. Por culpa de ellos fracasó nuestro bien planeada atraco al «South». Ha muerto Anthony Marquahson, pero no basta.

—Liquidar a los siete no va a ser tan fácil, Stack.

—Sí. Escucha… He pensado que nos podemos desembarazar de ellos mediante un procedimiento infalible… Tú irás a…

Por espacio de cinco minutos Clem Stack explicó detalladamente su nuevo, proyecto…

***

El camión procedente de San Francisco rodaba a una buena marcha. Llevaba en los flancos las grandes pancartas de una conocida casa conservera especializada en propagar un salmón que era en su mayor parte atún bien seleccionado.

Un cabo de la lona se había desprendido y azotaba el guardabarros con un irritante restallido de látigo…

La llovizna repiqueteaba tenuemente encima de la gran lona que habitualmente cubría la carga de pescado cuando procedía del puerto, y de latas de conserva cuando salía de la factoría.

Pero ahora encubría seis siluetas sentadas incómodamente y que se caracterizaban por una ceñuda mudez.

Sentado junto al que conducía, un individuo de grasientos rasgos faciales se desabrochó dos botones del abrigo e hizo la misma operación con su americana.

Su diestra ladeó ligeramente la culata de la «Webley-Scott», calibre 45, que colgaba de una funda axilar. Y, cerciorado de que estaba ahora bien al alcance de su mano, examinó de reojo al que conducía.

—Ya está bien —dijo lacónicamente.

—Tú mismo indicaste que diéramos el rodeo.

—He dicho que ya está bien. No me tutees, ¿oyes?

El conductor llevóse una mano a la visera de su gorra.

—Como usted ordene. ¿Dónde viro?

—Al cruce. Enfila la ruta de Los Ángeles.

—Es la que lleva a mi factoría.

—No te he preguntado adónde lleva.

El conductor repitió maquinalmente su gesto de saludo. Era el que empleaba cuando le dirigía la palabra algún «gordo», como, por ejemplo, el capataz de la factoría donde prestaba sus servicios de camionero.

Cuando imprimió al volante un giro, penetrando en la carretera que finalizaba, generalmente para él, en el sendero que llevaba a la factoría conservera donde trabajaba, recordó mentalmente las recomendaciones de su esposa cuando salió por la mañana:

«Me han dicho que hiciste una apuesta con Sam. No debes sacarle al cuentamillas más de sesenta, que ya es un buen record Johnny. Aun es pronto para que yo desee quedarme viuda…»

Y ahora, Johnny prefirió no recordar los azules y bondadosos ojos de su esposa. Volvió a pensar en lo que recientemente le había ocurrido, y con las mandíbulas resaltando en su rostro vulgar, odió de todo corazón los *films* que tanto le gustaban antes: aquellos *films* donde los «gangsters» eran elegantes sujetos generosos y bienhumorados.

Ahora comprendía qué Hollywood era una fábrica de ilusiones en conserva, porque los siete «gangsters» que, pistola en mano, habían rodeado

su camión mientras él estaba reparando una cubierta, nada tenían de semejante con el «gangster» popularizado por el celuloide.

No le habían pegado. Tan sólo uno de ellos, el obeso y repugnante sujeto que ahora estaba sentado junto a él, se limitó a colocarle en el costado un objeto duro de inequívoca identificación.

—Sube al volante y da un rodeo por la carretera cuarenta.

—Yo debo…

Pero su inicio de temerosa protesta había quedado cortado por un revés que en blanducho manotazo le cerró la boca, sin herirle…

Al recuerdo, Johnny escupió asqueado. ¿Para qué necesitarían aquellos maleantes «su» camión del que estaba tan orgulloso?

La llovizna era abanicada en el parabrisas por la varilla de acero y goma. Johnny, sin poderlo remediar, pensó en el berreante chiquillo que, metido en su cuna, le acogía todas las noches con pataleos vigorosos, más expresivos que si supiera pronunciar la anhelada palabra «papá».

De pronto creyó que la niebla invadía los contornos del sendero por el que se había introducido atendiendo a la señal del que estaba a su lado.

Pero era la niebla mortal que invadía su cerebro, en cuya base una culata con frío salvajismo machacó huesos en doble golpe certero.

El agresor, el sujeto de rostro rechoncho y monástico, empujó con el codo al agonizante y asiendo el volante le apartó de un puntapié el zapato que mantenía rígidamente contra el acelerador.

Uno de los que estaban sentados en la parte de carga, levantóse y semiagachado abrió la portezuela junto al chofer.

—Ya cumplió con su cometido —dijo a modo de oración fúnebre, propinando un empujón al cadáver, que rebotó contra el asfalto mojado mientras el camión continuaba su marcha.

—Era ya un estorbo —dijo el que conducía—. Y el «jefe», que planea bien las cosas, me dijo que me «cargase» al chofer cuando se divisara ya la factoría.

Frenó minutos después, deteniendo el camión junto a una empalizada. Los que se sentaban atrás no se apearon, sino que sus cabezas formaron un racimo apiñado y cercano al que sentado al volante extrajo del bolsillo de su chaleco un mondadientes. Habló con fruición:

—Esta noche en la caja de la factoría hay una fortuna. El «jefe» y Gene Carter nos aguardan, cada uno en un extremo de la empalizada. Hay cuatro polizontes rondando la caja, y dos vigilantes nocturnos. Tú, Liorno, con Roscoe, Burns y Terry, seguiréis por la empalizada hacia el sur. Os encontraréis con Gene Carter.

Cuatro siluetas se apearon desapareciendo por el adoquinado de la calzada desierta y escasamente iluminada de trecho en trecho.

El que llevaba la voz cantante les contempló hasta que desaparecieron en la niebla. Hurgóse unos instantes los amarillentos dientes. Después mordió el astillado palillo, y explicó:

—Vosotros dos vendréis conmigo, en sentido opuesto al de nuestros amigos. Nos aguarda el «jefe».

Tres otras siluetas fueron difuminándose en la niebla alejándose del camión.

Gene Carter, alzadas las solapas de su gabardina para resguardarse de la humedad circundante, reía silenciosamente, porque pensaba en la macabra y desagradable sorpresa que aguardaba a los cuatro hombres que confiadamente avanzaban hacia el lugar donde estaba.

Reía complacido, porque experimentaba una extraña sensación placentera al sentir próximo el momento en que iba a matar a cuatro hombres.

Levantó lentamente el cañón del fusil ametrallador, murmurando:

—Imbéciles…

Se refería al blanco que ofrecían sus cuatro cómplices, en esta ocasión víctimas, que avanzaban de frente uno al lado del otro, y no en fila india.

El tambor-silenciador se incendió en rojizos resplandores, mientras Gene Carter, brillantes los ojos, apretaba el gatillo e imprimía a su fusil ametrallador un semiarco horizontal.

Como peleles que se parten por la cintura, los cuatro pistoleros doblánronse, en saludo repentino…

Repitió Gene Carter la ráfaga, pero en sentido contrario… Algunos de sus balazos en vez de incrustarse en estómagos, perforaron cráneos…

Los cuatro pistoleros, en posturas grotescas, quedaron retorcidos sobre el adoquinado. Gene Carter se aproximó, y obedeciendo a las instrucciones de Clem Stack, aplicó el cañón de su arma por cuatro veces consecutivas en una sien…

Alejóse aureolado por la niebla que se mezclaba con el humo que ascendía del fusil ametrallador.

Cuando subió junto al volante de un *Roadster*, detenido en el cruce del sendero con la carretera de San Francisco, Clem Stack estaba esperándole, y apenas cerró la portezuela, pisó el acelerador.

Gene Carter levantó la cubierta de la caja de herramientas, bajo sus pies y colocó en su interior el fusil ametrallador.

—Hecho —anunció—. Ni se dieron cuenta…



Levantó lentamente el cañón del fusil ametrallador…

—Tampoco los otros tres —replicó Clem Stack—. Mañana, al amanecer, encontrarán siete cadáveres, un chofer muerto y un camión abandonado. Otro crimen más que la Policía declarará contra «autores desconocidos».

—Lástima que fuera mentira lo que contaste de la caja de la factoría llena

de billetes —comentó Gene Carter, pesaroso.

Clem Stack guardó silencio, hasta que en la ciudad detuvo el coche en el cruce de dos calles. Se apeó Gene Carter.

—Hasta mañana, Stack. Ya estamos, tranquilos. Somos dos socios solos.

—Ven a las once. Hablaremos.

El *Roadster* partió… Minutos después Clem Stack entraba en el ático donde habitaba. Miró el suelo, pero Gene Carter había «trabajado» a conciencia. Tras lavar cuidadosamente el suelo de las manchas de sangre, y reparar los desgarros del cuero del diván y de los sillones, había utilizado ingeniosamente el montacargas para llevarse el cadáver de Anthony Marquahson, que estaría bañándose desde más de ocho horas en el puerto de San Francisco, donde le habrían llevado las sucias aguas de la cloaca en que Gene Carter le había tirado.

Clem Stack, al entrar en el aposento donde ocho horas antes había recibido la visita de Anthony Marquahson, quedóse rígido, y su diestra se crispó en el bolsillo de su abrigo «macfarlán».

Pero sus músculos se distendieron, y su rostro quedó de nuevo infinitamente triste y sombrío, sin brillo los ojos.

La persona que estaba sentada en el diván era una mujer rubia y bonita: una mujer que amaba sin esperanzas al «abogado Clem Stack», y que desconocía por completo que era o había sido el jefe de una banda de «gangsters», y el autor moral y material de muertes recientes…

—Hola, Clem —saludó ella con aparente jovialidad.

—Hola. ¿Cómo has entrado?

—Hace un mes me diste una llave.

—La empleaste cuatro noches. Al cuarto amanecer me la devolviste, porque te la pedí… cuando me harté de ti.

Ella no pareció ofenderse, y sin embargo muy suspicaz.

—Siempre tan huraño, Clem. Te devolví la llave, pero después, antes de salir, volví a cogerla sin que te dieras cuenta.

—Siempre supuse que no tenías dignidad…

—Una mujer que quiere no tiene dignidad. Quizá por eso he venido, Clem. Necesito hablarte.

—Vete —y Clem Stack con la cabeza señaló a sus espaldas hacia la puerta.

—Quizá lo que vengo a decirte te interese, Clem. Sé que tus negocios han ido mal. Lo sé yo, porque me preocupé por saber de ti. Y ahora tengo una ocasión sin igual. Algo en que puedes… puedes ganar un millón.

Clem Stack repitió su gesto.

—Vete.

—Una de las cuatro noches que estuve contigo, Clem, dijiste que si te encontrabas alguna vez desprovisto de dinero quizá no vacilarías en arriesgarte a todo. El yate «Safo» zarpa dentro de una semana hacia el mar de China. Visitará los puertos asiáticos. Yo puedo lograr que te inviten a bordo…

Clem Stack encendió un cigarrillo, fingiendo indiferencia. Ella siguió hablando y lo que decía sonaba a oídos de Clem Stack como algo providencial., como una magnífica ofrenda del azar, que se le brindaba generoso a través de los pintados labios de una mujer que le amaba…

Cuando ella terminó de hablar, Clem Stack inclinase y la besó.

—Estoy de acuerdo. Me casaré contigo cuando quede hecho este negocio. Pero necesito otra invitación. A nombre de Gene Carter…

—¿Ese engreído castigador brutal?

—Es mi socio. Y ahora… ahora somos tres socios.

CAPÍTULO II

EL HOMBRE DEL ÓPALO

Exteriormente, el castillo que se miraba con placidez de roquiza inmovilidad en el tranquilo lago, daba la sensación de un milenario edificio en el que habitase el descendiente de algún poderoso mandarín que antaño gobernase aquella región interior del vasto territorio chino.

Cualquier viajero que hubiese contemplado el castillo solitario, irguiéndose mayestático y solemne el decorado que parecía por su minuciosa perfección algo artificial, habría imaginado que allí residía ahora una familia china encerrada en una tranquila y monótona renuncia a la vida moderna y social.

Si fuera muy inclinado a dejar vagar la mente, el viajero se figuraría que los muros ocultaban escenas tan idílicas y reconfortantes como la de varios niños de ojos almendrados, inclinándose gozosos, mientras sus padres les mostraban los tesoros contenidos en las sabias máximas de Confucio.

Pero el interior del castillo albergaba, en aquellos momentos, cuadros muy distintos.

Mongoles recalcitrantes eran esposados diestramente por soldados ingleses, y arrastrados al exterior. Y en la sala de la que eran sacados veíanse huellas de un reciente combate.

En lo alto de un estrado de madera, junto a un trono, una mujer de singular belleza, la hija de Yuan Kang yacía con la frente destrozada por un balazo.

Un individuo de uniforme de capitán británico contemplaba impasible al hombre que acababa de quitar del cuello de una joven china, también muerta, un ópalo de amarillentos resplandores.

Y sin perder un ápice de su impasibilidad, el oficial británico vió cómo el que acababa de despojar a la muerta de su ópalo se incrustaba la piedra preciosa en una abertura sangrienta que hendía el lóbulo de su oreja.

Terence Partridge, el capitán, limitóse a decir:

—Un engarce original para esta joya, *mister* Maloney.

El interpelado no replicó, sino que acercóse a un caballo, cuyas riendas asió. Encaminóse hacia la puerta.

—Comprendo que quiera alejarse de esta sala, *mister* Maloney —comentó Partridge yendo tras él—. No debe ser agradable este espectáculo. Siempre resulta deprimente ver la imagen de la muerte. Más aún si la Pálida se apodera de dos hermosas criaturas, deliciosamente femeninas, delicadas y débiles.

Ya en el patio, detuvo Ross Maloney su caballo.

—¡Cáscaras con la debilidad! —desfogóse—. La una tenía más dinamita en su espíritu que un polvorín. Quiso matarme. La otra era suave como la mantequilla y dulce como la miel, y tenía más veneno que una tonelada de arsénico. Le repito lo que antes le dije, capitán. De ahora en adelante no fiaré de mujer alguna. Son peligrosísimas, ¡cáscaras!

Terence Partridge examinó al joven aventurero, casi con simpatía. Veía un rostro juvenil, pero endurecido y bronceado, con rasgos que parecían tallados a hachazos. Un cuello recio encajado entre unas amplias espaldas de impresionante musculatura, pero que revestidas por la chaqueta de dril blanco, engañaban por la estrechez de la cintura…

Terence Partridge no incurría en la confusión que otros habían reconocido tardíamente. Sabía que si Ross Maloney parecía engañosamente un desgarbado y larguirucho mozo indolente, de rostro prematuramente endurecido, era peligroso como enemigo.

Con su andar característico, indolente y desgarbado, avanzó Ross Maloney hasta atravesar la puerta del castillo. Iba a introducir el pie en el estribo de su caballo, después de colocar su fusil ametrallador en bandolera cruzado ante su pecho, cuando Terence Partridge le tocó en el hombro.

—¿Tiene mucha prisa, *mister* Maloney?

—Ese asunto está liquidado, ¿no? —y Maloney señaló el castillo—. Yo ya no pinto nada por esos parajes.

—Desearía conversar unos instantes con usted, capitán Pantera.

Ross Maloney giróse lentamente, y por espacio de unos segundos se rascó la cabellera de rojo y enmarañado pelo rizoso, echándose hacia atrás la gorra marinera.

—Vaya… —musitó—. ¿A usted también le da por emplear «chinerías» tales como llamarme con ese apodo zoológico? Deje estos trucos para los macacos amarillos. Usted es un hombre civilizado, supercivilizado y distinguido. Llámeme Maloney a secas y estaré más confortable.

—El teniente Sanders me habló de usted. He presenciado cómo, exponiendo la vida, ha salvado usted la del teniente Brodwin. Ambos eran ingleses y, como particular y como inglés, yo me complazco en decirle, Maloney, que le estoy muy agradecido.

—Desembuche, capitán. Primero me ha dado la ración de mermelada, y ahora supongo que vendrá el chorro de vinagre. Ustedes los ingleses me hacen

gracia. Estoy seguro que en Inglaterra el verdugo se pone guantes blancos y le pide permiso al condenado para ahorcarle. En fin, supongo que eso será lo que llaman cortesía, pero yo soy un mozo de granja, basto y sin distinción ni cultura, y prefiero el método directo.

—¿Como, por ejemplo, dinamitar barcos y rociar a diestro y siniestro con este armatoste? —y el dedo índice de Partridge se apoyó en el cañón del fusil ametrallador que cruzaba el pecho del americano.

—Dinamito a piratas asesinos y tumbo a cuantas sabandijas me quieran enterrar. Ley de defensa propia. Pero todo lo hago cordialmente, sin odio ni rencor, en lucha abierta y pellejo contra pellejo.

—Lo sé, Maloney. Pero… hay leyes escritas, ¿sabe, mi joven amigo? Leyes que deben respetarse. Leyes por las que yo habitualmente mando en un cañonero que surca las aguas del Yang-Tsé para reprimir el pirateo. Le agradezco su colaboración espontánea y no requerida… pero quiero aconsejarle.

Rió Maloney a carcajadas, y su risa de hombre sano y pletórico de fuerza agradó a Terence Partridge, aunque se abstuvo de manifestarlo.

—¿Dije algún chiste, Maloney? —inquirió seriamente.

—A mí me lo pareció. Mi padre es un buen viejo… Algún día llegaré yo allá, a Kansas, y le veré babear de satisfacción cuando yo me apee de un «Cadillac» último modelo y le diga: «Hola, viejo. Aquí estoy para que usted ya no trabaje más. Traigo dolares a espuertas y usted y mamá van a tumbarse en una mecedora y…» —enrojeció el americano, interrumpiéndose bruscamente—: Bueno, eso son bobadas que no le interesan, capitán. Me reí porque usted dijo que me quería aconsejar y recordé que mi buen viejo de padre también me decía lo mismo, mientras me calentaba las nalgas a correazos. Usted no lleva correa, pero es un representante de la ley con mayúscula. Reí por eso, porque recordé a mi buen viejo. Ya pasó la debilidad. Ande, desembuche, que quiero irme.

—Tengo casi el doble de edad que usted, Maloney. He visto con mis doce años de residencia en China muchos aventureros de todas clases. Pocos como usted. Pero todos… todos acaban mal. A muchos de ellos, yo mismo los esposé y fueron condenados a muerte.

Los faros de los coches patrulleros iluminaban la entrada del castillo y los rayos de luz eléctrica arrancaban fulgores mortecinos del ópalo que ostentaba motas de sangre…

Ross Maloney cogióse el lóbulo entre el pulgar y el índice y presionó el ópalo entre sus dos dedos…

—Duele un poco —dijo sonriente—. La herida, el ópalo… y sus palabras, capitán. Yo no soy ningún criminal.

—Lo sé. Por eso le hablo amistosamente, Maloney. Usted es, por ahora, un pelirrojo impulsivo y luchador, ingenuo y sano. Pero… el tiempo hace variar al individuo. Y China es una región desmoralizadora. Esta noche hablo con Ross Maloney, alias «Capitán Pantera»… ¡Ojalá siempre siga siendo el

hombre que ahora es! Pero me temo que algún día, y créame que como particular lo sentiré, leeré la noticia o algún oficial me la comunicará de que en cualquier rincón asiático, «el hombre del ópalo» ha cometido su primer crimen. Y entonces…

—Escuche, capitán. Veo que le guía una buena intención al hablarme. Por eso mismo le prometo que yo, Ross Maloney, tengo algo llamado conciencia. Quizá elástica y tal… pero con ópalo o sin ópalo, nunca seré un criminal. Grábese eso en el meollo. Y ahora, ¿puedo largarme, señor capitán?

—No le estoy hablando como oficial en servicio, sino de hombre a hombre, Maloney. Hago mal, pero ya me lo reprocharé yo mismo más tarde, cuando esté usted lejos de mis soldados. Ha muerto la hija de Yuan Kang. El padre también murió. Eran una familia poderosa en China.

—Él era un pirata sin lealtad y ella una mujer hermosa, pero cruel y asesina.

—Sea como fuere, el caso es que ambas muertes levantarán revuelo. Quizá las autoridades investiguen. Averiguarán que en ambas ocasiones anduvo muy próximo en el lugar de los hechos un caballero marino llamado Ross Maloney. Acepte mi consejo, Maloney. Vaya a su velero, baje a toda vela el río y abandone Shanghai al menos por una temporada. Hay mucho mar y costa en este territorio asiático.

—Oiga… Yo soy un honesto mercader que intenta traficar en paz. ¿Qué culpa tengo yo de que se metan conmigo? ¡Cáscaras! También es irritante que no le dejen a uno andar por donde se le antoje sin zancadillas.

Terence Partridge se permitió un esbozo de sonrisa.

—Reconozco que las zancadillas son detestables, Maloney. Por eso, en mi concepto del deporte, estimo preferible aconsejarle que se marche. Que zarpe hacia otros lugares. Dentro de un mes a lo sumo, se habrá extinguido ya el alboroto que usted ha levantado… Vuelva si quiere. Intente ser un mercader honesto. Y, a propósito, si ésta es su intención, ¿por qué no va a visitar la isla de Pettigrew?

—¿Qué pasa en la isla de Pettigrew? ¿Atan a los perros con morcillas?

—Podrá usted ponerle collar de salchichas al suyo si trabaja en la isla de Pettigrew. Según me han informado posee usted una tripulación de cien antiguos piratas chinos a los que usted catequiza para convertirlos en mercaderes. Empléelos en Pettigrew y podrá ganar mucho dinero.

—Esto ya se va poniendo interesante, capitán. En el fondo usted es un buen sujeto, aunque tenga cara de juez con dolor de estómago.

—Gracias a mi vida metódica, mi estómago funcionó orgánicamente con toda regularidad. ¿Este caballo es suyo?

—No. Es de la casa —y Maloney señaló el castillo—. Pero, ¿qué cáscaras tiene que ver este jamelgo con lo que estamos hablando?

—Usted se disponía a montarlo para ir al lugar donde su velero ancla. ¿Conoce bien esta región?

—No. Pero preguntando se va a Pekín y también a Roma. ¡Ah, ya

comprendo! La ley —y el americano rió—. Robo de caballo y todo eso y lo demás, ¿no?

—No era exactamente esa mi intención al efectuar mi pregunta. Yo dispongo de coche, y el chofer es experto y conoce palmo a palmo ese terreno. Venga conmigo. Le llevaré hasta su velero, y por el camino le explicaré lo referente a Pettigrew.

Ross Maloney dió una sonora palmada en el anca del caballo, que emprendió un trote rápido hacia el interior del castillo.

—Voy mejor sobre cuatro ruedas que sobre cuatro cascos, capitán. Gracias por su invitación. Es usted un tipo amable.

—Le quedo muy reconocido por su concepto elogioso —dijo con rígida ceremonia Terence Partridge.

Subió Maloney al asiento posterior del coche que le indicaba el capitán británico y cuando éste se instaló junto a él, le miró sonriente.

—¿A que le acierto el pensamiento, capitán? Le choco porque soy vulgar, y usted muy finamente con eso que llaman humorismo, me coloca espantosos directos en plena mandíbula, pero con guante de veinte onzas de algodón y piel de seda.

—No puedo pretender que usted, un honesto mercader, hable griego y acote con anotaciones personales las obras de Einstein.

Dió orden al chofer, y el coche arrancó, alejándose del castillo.

—La isla de Pettigrew, mi joven amigo —expuso Partridge—, no tiene más que un pequeño fondeadero donde pocos buques anclan. Aparte una cincuentena de malayos, está deshabitada.

—Si no van buques, ni hay blancos, ¿dónde está el negocio?

—Hay mucha caña. Azúcar en abundancia. Azúcar que, destilado y convertido en ron, hará rico al hombre que instale allí la destilería y disponga de un centenar de robustos individuos que recojan la caña, la lleven a un tugurio cualquiera habilitado en la isla, y la conviertan en ron.

—¡Cáscaras! Parece fácil. Algo demasiado sencillo, ¿no?

—Acertó. Es demasiado sencillo.

—Ya me lo suponía. ¿Dónde está la «pega»?

—¿La pega? —repitió Partridge sin poderse evitar el fruncir las narices —. ¡Ah, ya…! ¿Quiere usted decir dónde está el inconveniente? La isla está en un paraje donde abundan los piratas chinos y malayos. Por eso allí no se instala un honesto mercader común. Alguno lo ha intentado, y sus huesos abonaron la tierra de Pettigrew.

—Comprendido. Quien allí se instale, yo, por ejemplo, tiene que saber apilar la caña, convertirla en ron, y también apretar el gatillo si rondan malayos o chinos con malas intenciones…

Quedóse Maloney unos instantes silencioso, y al fin murmuró:

—¿Sabe que me gusta la idea de darme una vuelta por Pettigrew? Confieso que no tengo la menor repulsión a la idea de tener que convertir en picadillo a los que me quieran zancadillear la destilería.

Terence Partridge repiqueteó distraídamente sobre su rodilla. Había ya terminado lo que se proponía decir.

El coche, a gran velocidad, devoraba millas hacia el lugar indicado por el capitán Partridge: la margen del río donde anclaba el velero «Furia».

—Le agradezco el soplo, capitán —dijo de pronto Maloney.

—¿El soplo?… ¡Ah!, ya. La idea que le he sugerido, ¿no? En sí y esencialmente, opino que la estancia en Pettigrew puede serle ventajosa.

—Haré un alto en Shanghai para buscarme un técnico en eso de destilar y para adquirir el material preciso.

—Quizá también le resulte útil adquirir algún libro que estudie la vida pirática.

Ross Maloney le miró de soslayo.

—Supongo que la frasecita será producto de humorismo.

—No exactamente. Dicen que los ingleses poseemos un humor glacial, incisivo y cruel… y no creo que por el instante, se lo haya demostrado. A su modo, también tiene usted un inconsciente humorismo, Maloney.

—¿Yo? A duras penas sé hablar como las personas. Por lo tanto, poco veo cómo puedo permitirme el lujo de ser gracioso ensartando frases.

—Ya dije que lo es sin proponérselo. Dice cosas crueles con tal naturalidad, que hasta parecen buenas, como si al decirlas lo hiciera usted con una pastilla de mentol en la boca, por lo frescas y pimpantes que le salen. Pero como no le llevo en coche para someterle a un estudio psicológico, le aclararé mi recomendación. ¿Sabe cuál es mi cargo?

—Capitán de infantería británica en patrulla naval.

—Exacto. Pero a los pocos años de mi estancia en Asia, me nombraron jefe de un destructor que tenía por misión vigilar en Bias Bay.

—¡Cáscaras! ¿Bias Bay no es la famosa bahía en donde nadie entra? Al decir nadie entra, me refiero a gente decente como usted… sobre todo si como tarjeta de visita aparece con un barco repleto de cañones.

—El destructor tenía pocos. Nuestra misión era especial. Tratar de impedir, sin que se supiera que lo intentábamos. Algo sinuoso para su mentalidad brutalmente franca, Maloney. Lo cierto es que Bias Bay tenía y sigue teniendo una siniestra significación en las costas de China. Se trata de una gran extensión de agua baja, cercada de tierra por las colinas arenosas y cubiertas de maleza que existen en aquellos lugares. Existen unas cuantas aldeas chinas diseminadas, algunas lanchas pescadoras y todo sugiere quietud, soledad y belleza. Es sin embargo el lugar donde los piratas chinos se refugian.

—¿Qué tiene que ver lo que me cuenta con lo que me recomendó?

—Cuando me encomendaron esta misión, decidí documentarme. Adquirí unos cuantos libros que trataran de la cuestión pirática. Conociendo la trampa se está en mejores condiciones de aplicar la ley.

Ahora fué Terence Partridge quien miró de soslayo a su acompañante antes de proseguir:

—Citaré ahora que lo recuerdo, un caso curioso. Aplicar la ley en China es materia espinosa. En realidad, estamos en territorio amigo y de gobierno independiente. Tenemos que cerrar los ojos y permitir mucha piratería… siempre que la efectúen chinos contra chinos. Pero, y eso es lo curioso, en mi larga experiencia, aun no conozco un solo caso de que cerrásemos los ojos, cuando era un europeo quien poniéndose al frente de piratas chinos, pretendía campar en el siglo XX con métodos del Caribe del siglo XVII.

—En China llaman europeo a cualquier hombre de piel blanca.

—Adopto esta costumbre.

—Que hablando en plata, significa que yo, americano, quedo advertido de que no me sienta con deseos de fabricarme un pequeño Caribe… porque usted y sus compañeros abrirían mucho los ojos.

—Me agrada su enfoque directo de las materias más arduas, Maloney. Es usted… por ahora… un hombre honesto, si bien elástico de conciencia. Yo sé que usted ni mandará, ni consentirá atrocidades. De mi abundante archivo instructivo conservo recortes o anotaciones de tropelías cometidas por los antiguos y actuales piratas chinos. Quizá la lectura de alguno de ellos, que a mí me sirvieron para documentarme sobre los métodos que debía emplear para intentar contrarrestarlos en lo posible, a usted le sirva para algo también.

Hurgó Partridge unos instantes en una bolsa de la portezuela, de donde extrajo una voluminosa cartera, que registró meticulosamente. Tendió a Maloney unos recortes de periódico pegados en un papel recio doblado en varios pliegues.

—Fué un artículo que me interesó del «Times» del 13 de diciembre de 1919. Léalo cuando se aburra mucho.

—Leer no es mi fuerte, capitán. Me da dolor de cabeza.

Sonrió Partridge, recordando ciertos informes que poseía relativos a las actividades de «Ross Maloney, norteamericano apodado Pantera».

—Es curioso que sea usted hombre propenso a dolores de cabeza…

—¡Oh!, entendámonos. Me refería a que la letra impresa, por mi escasa práctica en ojearla, me marea. Ya desde pequeño lo único que me gustaba era ver los «monos». ¿No sabe lo que son los «monos»? Sí, hombre: esos dibujitos que ponen en los libros, periódicos y revistas, donde debajo ponen unas líneas para hacer reír.

—Ya. Se refiere a las ilustraciones gráficas. En vista de que el trayecto es largo y posiblemente se aburrirá, no tengo inconveniente en leerle este artículo que se titula: «Cómo trabajan los piratas chinos».

—Eso ya me place más. Yo quisiera instruirme siempre que fuera otra persona la que leyera por mí —dijo Maloney arrellanándose más cómodamente en el asiento.

Terence Partridge, con voz clara y excelente dicción, fué leyendo:

> «Fomentar la piratería en las costas chinas no se aparta mucho inicialmente de los métodos preliminares para la creación de ciertas

formas de industrias. Se requiere capital, y éste, generalmente lo proporciona alguna familia china poderosa.»

—Tipo Yuan Kang —comentó Maloney.

»Hay muchos tratos a puerta cerrada, y aunque no se publiquen los programas, listas de directores y accionistas, todos ellos existen. Cuando se ha encontrado el capital que hace falta, se nombra un gerente director capaz de asumir la empresa. Pues para reclutar la pandilla de confianza, escoger la víctima adecuada, adquirir las informaciones indispensables, llevar a cabo la empresa y planear una retirada con prisioneros y despojos se requieren cualidades fuera de lo ordinario.

»Cuando la víctima ha sido seleccionada, el jefe y los subordinados principales hacen viajes preliminares para darse cuenta de la disposición del barco, de sus costumbres y de las cualidades de la oficialidad. Por ello se sospecha inmediatamente de los chinos que frecuentan un barco; pero el pasajero de camarote en un viaje, es un mes más tarde una mano encubierta muy difícil de identificar. Cuando el reconocimiento o inspección preliminar ha terminado, toda la pandilla sube a bordo. Algunos en camarote; la mayoría como pasajeros de proa, y uno o dos entre la tripulación. No son rufianes que huyen el bulto o cobardes, sino hombres que conocen su oficio y que tratan de trabajar lo más eficiente y humanamente posible en el supuesto de que la Humanidad sea compatible con esta clase de eficiencia.

»El primer trabajo es introducir las armas y municiones a bordo. En Shangai, Hong-Kong y Singapur los pasajeros chinos y sus equipajes son registrados por la policía marítima; pero cuando más de mil chinos en gruesa columna hormigueante suben por el pasillo, el registro es difícil y en puertos como Amoy, Fuchau y Swatow las precauciones no son constantes y dan a los piratas las oportunidades que necesiten. Pero a la primera palabra de algún pasajero o marino que diga «está el barco lleno de malas caras», se cierran las rejas contrapiratas, los guardias se ponen alerta y los oficiales llevan el revólver cargado al cinto. Las rejas consisten en puertas robustas barras de hierro que aíslan la cubierta de paseo y el puente.

»Pero hay ocasiones en que los piratas han pasado inadvertidos. Imaginad la escena a la caída de la tarde en uno de estos barcos costeros dando cabezadas entre la fuerte marejada del monzón del sudeste. Las bodegas, adelante y atrás, han sido transformadas en dormitorios blanqueados, donde una masa acurrucada de hombres, mujeres y niños vivaquea sobre esteras y paquetes que encierran la mísera economía de la plebe en China. Algunos se ponen a preparar

«chau», otros lavan sus ropas, o en grupos puestos en cuclillas se dedican a jugar. Debajo de los botes y atravesadas hay figuras que duermen medio desnudas si la noche es buena y calurosa.

»En la parte central del navío, en la cubierta de paseo, desmantelada, hay unos cuantos pasajeros de camarote, ingleses y chinos, el alojamiento de los oficiales y el puente. A la hora de cenar, cuando los oficiales sin servicio y todos los pasajeros están sentados en las mesas del salón-comedor y desarmados, se da una señal y al grito de «¡manos arriba!», los asustados camareros se encuentran encañonados por pistolas automáticas manejadas por coolíes, comerciantes y marinos.

»Se apoderan de las armas; todo el mundo es apresado, vigilado y encerrado en los camarotes y salones; guardias de piratas se encargan de amedrentar a los pasajeros y hacerles ver que la menor resistencia puede costarles la vida.

»En el puente, en el cuarto de guardia, en la cabina de telegrafía sin hilos, en las plataformas que dan acceso a la máquina se repite la misma historia: una orden imprevista, una pistola al pecho y la inevitable rendición.

»Después, la amable instrucción «Favor de guiar el timón rumbo a Bias Bay.» Vuelve la rutina de siempre, las guardias se turnan como si no hubiese ocurrido nada. Mientras tanto, la carga es rebuscada y toda joya u objeto de valor es arrancado a los medrosos viajeros.

»Las luces de navegación y camarotes se apagan, y en medio de la oscuridad absoluta, el barco apresado prosigue su marcha a Bias Bay. Cuando el barco pirateado echa anclas en la siniestra bahía, aparecen por todas partes verdaderos hormigueros de pequeñas embarcaciones chinas, cuyos ocupantes aclaman a los piratas con ceñuda impasibilidad, y estos hombres de las costas, curtidos por la intemperie y andrajosos, se ponen inmediatamente, con gran aplicación, a desvalijar el barco.

«Con frecuencia llegan hasta a arrancar los cronómetros, sextantes y guarniciones de bronce. Escenas dolorosas se desarrollan cuando una misma familia es dividida y el padre o la madre es conminado con brutalidad, bajo el cañón de una pistola, a bajar a un «sampan» para llevarlo luego hacia las montañas, probablemente para ser rescatado, pero más probablemente para morir de hambre y miseria mientras dura el interminable regateo sobre el rescate entre los intermediarios.

»Luego el barco secuestrado emprende penosamente la marcha de regreso hacia Hong-Kong o Shangai, donde la policía interviene; se hacen inventarios de lo robado y poco a poco se va desvaneciendo el interés del público. Familias trágicamente

mermadas, suplicios, dolor… Han pasado los piratas del Mar de China.»

El capitán Terence Partridge dobló con parsimonia voluntaria el recorte que acababa de leer.

Ross Maloney fruncido el entrecejo, habló sin amenidad

—He asimilado la moraleja, capitán. Hay cosas que yo nunca haré. Y eso de infundir pánico a mujeres y niños es una. Tenga por cierto que pondré dar muchos virajes, pero no me busque nunca entre canalla de esa.

—Eso espero, mi joven amigo.

—Es más… Si me tropezase con piratas de esta índole, le prometo sin que me llamen embustero, que…

—…que su fusil ametrallador y sus píldoras de dinamita entrarían en función. Y… también yo le prometo, que la policía inglesa cerraría los ojos.

Miráronse ambos hombres sonriendo. Impulsivamente, abandonando su fría reserva, Terence Partridge tendió su diestra.

—Que siempre le acompañe la suerte… y su buen fondo, Capitán Pantera. Hemos llegado. Ahí tiene su velero. Condúzcalo a buenos puertos, como un honesto capitán mercante experto.

Descendió Ross Maloney, sonriendo con humorismo.

—¿Experto? No tal. Confieso que tengo que adquirir otro libro. Un manual de patrón de yate velero, porque estoy pez en cuestión de manejo de velas. Por suerte, mi piloto interpreta sabiamente mis órdenes, traduciéndolas a su modo. Debo chillar para impresionar a la tripulación, y el piloto Ling tiene la discreción de no asombrarse por mis evidentes ignorancias, que debe suponer rarezas. Bien, capitán Partridge; conservaré un magnífico recuerdo de usted.

Alejábase Maloney hacia donde estaba anclado el velero, cuando Terence Partridge, después de dar orden de arrancar, murmuró para sí mismo:

—Es un excelente deportista.

Y aquella frase condensaba el máximo elogio.

CAPÍTULO III

SAN FRANCISCO – HONOLULÚ
SAMOA – SHANGAI

El yate que airosamente cabeceaba abriendo abanicos de espuma con su afilada proa, llevaba a ambos lados del blanco casco dos letreros que en doradas mayúsculas rezaban:

«SAFO. San Francisco.»

Era una policroma ostentación de lujo de la que estaban legítimamente orgullosos los hermanos Market, propietarios del barco que, zarpando de San Francisco, dirigíase hacia las islas hawaianas.

John Market, enjuto y distinguido, era llamado por su aspecto ascético y severo, y también por la lustrosa calva que lucía, «el puritano multimillonario».

Pero tal apelativo sólo se rumoreaba de oreja a oreja en las tertulias elegantes de la ciudad de San Francisco. Cualquier alusión a su carencia de cabellos excitaba en el multimillonario un pueril enfado.

Su hermana, Leila Market, alta, indolente y caprichosa, rozaba los treinta años y dedicaba un especial cuidado a su espléndida cabellera rubia, que la favorecía en contraste con sus negros ojos de imperativo mirar.

Ambos hermanos consentíanse mutuamente todas las excentricidades, y consideraban motivo de satisfacción lanzarse dardos no a modo de reproche, sino como forma de amable burla cariñosa.

Paseábanse ambos por la cubierta de entrepuente, cuando después de varios minutos de silencio rompió el fuego Leila Market, que enlazaba su brazo al de su hermano.

—Leí una gacetilla antes de zarpar, John. Son ciertamente muy irrespetuosos nuestros periódicos. Citaban a un multimillonario de aspecto monacal, que había invitado gentilmente a Vera Drums al crucero de reposo por mares asiáticos. Terminaba la nota haciendo alusión a que quizá los decorados paradisíacos hicieran arrepentirse de su soltería al citado «clubman», muy conocido en *Frisco*, y que de resultas de ello Hollywood perdería una «star» que se convertiría en mujercita de su casa.

John Market suspiró resignadamente.

—Los periodistas tienen que ganarse la vida también, Leila. Invité a Vera… porque, ¿cuál fué nuestra consigna al disponernos a pasar dos meses de descanso, a bordo?

—Alejarnos de los lugares habituales y de los habituales amigos. Por eso, si tú invitaste a Vera, yo invité a Clem Stack.

—Es distinguido… Pero permíteme que te indique algo que espero no te ofenda. Tu «flirt» tiene rostro de amargado. Nunca he visto un hombre con esa expresión de tristeza…

—Eso le hace interesante. Le conocí en el «Alsdorff». Me invitó a bailar, después que me lo hubieron presentado. Y me fascinó. Cuando sonríe, lo hace con tanta melancolía que siento. ardientes deseos de disipar su amargura.

Rió John Market, y palmoteó la diestra de su hermana.

—No en balde fuiste y has sido siempre una consentida autoritaria. Podré equivocarme, Leila, pero si Clem Stack ha de ser tu marido, no creo que puedas mandarlo. De vez en cuando observo la expresión de sus ojos… y no me gustaría tenerlo por cuñado.

—No será tu cuñado. Clem Stack está bien como «flirt» de crucero. Nada

más.

—Celebro que tal sea tu opinión. También me reconforta ver que cumplimos nuestro propósito. Yo invité a dos bellezas ajenas a nuestro círculo habitual, y tú aportaste dos caballeros correctos y también ajenos a tus acostumbrados adoradores serviles. Tanto Clem Stack como Gene Carter nada tienen de lechuguinos amaestrados.

—Gene Carter fué campeón universitario de remo y rugby. Es prototipo de la prestancia varonil, pero no le tengo simpatía. Es el tan conocido «don Juan» infatuado.

—Bueno, hermanita, creo que ya hemos criticado bastante a nuestros invitados.

—Se salvaron tus dos invitadas. Al menos una de ellas, Patsy, es simpática por su franqueza y su desprecio de la «pose».

John Market guardó silencio. Comprendía que en el elogio de su hermana a Patsy Brend iba envuelta una certera crítica contra Vera Drums.

***

En el salón-fumador del yate, dos parejas jugaban al *poker* y lo hacían concienzudamente.

Alrededor de la mesa, enfrentábanse Clem Stack y Patsy Brend, y Gene Carter sentábase frente a Vera Drums.

Rubia y esbelta, Vera Drums era la estrella a la cual los reporteros presentaban en sus crónicas con el «slogan»: «La más elegante y aristocrática de nuestro cinema».

Poseída de ello, lucía un aire arrogante que se complementaba adecuadamente con el mohín desdeñoso y permanente de sus finos labios y la fría dureza de sus claros ojos.

Con gesto de reina que condesciende a alternar con sus vasallos, avanzó en montón delante de ella, cinco fichas verdes.

—Abro —dijo lacónicamente.

—Paso —replicó Gene Carter, arrojando sus cartas.

—Veo —y Clem Stack amontonó otras cinco fichas verdes llevándolas al centro de la mesa.

Patsy Brend arrojó sus cartas, sacudiendo en negativa la cabeza, con sonrisa encantadora.

Morena llenita, exuberante, no tenía reparos en confesar que desde simple «chica de conjunto» había llegado al envidiado sitial de estrella. Descollaba en la interpretación de papeles de alegre vitalidad y amable dulzura.

Vera Drums pidió dos cartas, mientras Clem Stack declarábase servido, y no pidió ninguna.

Vera fué abriendo en abanico con lentitud sus cinco cartas. Ningún músculo de su rostro de muñeca insensible demostró que a las tres sotas que poseía había reunido la cuarta, ligando el *poker*.

Empujó con estudiada frialdad diez fichas verdes.

—Son de cien estas fichas. Vera —rió Patsy Brend.

—Mil quinientos —dijo Clem Stack, manteniendo sus cinco cartas en paquete boca abajo sobre la mesa—. Acepto y envido. Mi resto.

Fué contando las fichas que poseía.

—Suman cuatro mil doscientos —anunció impasible.

Patsy Brend se abanicó, dándose aire con un naipe.

Vera Drums empujó sus fichas, y abatió sus cinco cartas, con el pleno convencimiento de que la jugada del abogado era un «farol» destinado a asustarla.

Clem Stack abrió sobre la mesa el paquete de cinco cartas.

Maestra en el arte de fingir lo que no sentía, Vera Drums contempló el *poker* de reinas, sin parpadear.



Empujó con estudiada frialdad diez fichas verdes.

—Le felicito, *mister* Stack —aprobó majestuosamente—. Una jugada inteligente. No se descartó, y me hizo creer que tenía una escalera o un mal *ful*.

Recogió Clem Stack las fichas, y Patsy Brend se puso en pie.

—Amigos: ya está bien. No debemos arruinarnos encerrados entre cuatro tabiques, cuando en el exterior hay aire libre, cosa que considero un lujo que el resto del año no nos podemos permitir.

Gene Carter al reír semejó un atleta bonachón.

—Me adjunto a la retirada de Patsy. ¿Puedo invitarme a acompañarla, Patsy?

Ella asintió, y ambos abandonaron la sala. Vera Drums hurgó en su de bolso, de donde extrajo un carnet de cheques. Clem Stack le tendió su

estilográfica.

—¿Cuánto le debo, *mister* Stack?

—Seis mil trescientos.

—¿Le parece bien, firmado con «Colonial» de Shangai? Me hice enviar fondos allí.

—Su firma en este cheque, *miss* Drums, es un autógrafo valioso.

Ella escribió, mientras Leatrice Thorn que desde hacía unos instantes había entrado en el salón, recogidas las barajas las fichas, anotando meticulosamente el importe de los dos montones pertenecientes a Gene Carter y Patsy Brend.

La rubia secretaria de Leila Market sabía elegir tonalidades discretas en sus vestidos, para difuminar su tendencia a engordar. Era vulgarmente hermosa, y sus veintidós años destacaban aun más por contraste con sus títulos de taquimecanógrafa, secretaria comercial y enfermera.

Vera Drums tendió el cheque, que Clem Stack introdujo en un compartimiento de su cartera.

Al salir la estrella acompañada por el abogado, la plácida expresión de Leatrice Thorn varió. Sus abombados ojos azules miraron hacia el puente por donde se alejaban Stack y Vera Drums, y no alentaba cordialidad en las pupilas de la secretaria.

***

Patsy Brend escuchaba las frases de su acompañante, dispuesta a no demostrar su verdadero sentimiento, aunque tal actitud costábale bastante esfuerzo.

—…y puede permitirse tales pérdidas su amiga. Aunque siguiera jugando con racha en contra, John Market es multimillonario.

—John Market la invitó, pero no estipuló que él pagaría las pérdidas del *poker*.

—Hay cosas que saltan a la vista, como por ejemplo, que John Market está enamorado de Vera. Y eso terminará en boda.

—Podría yo replicar que también su amigo Stack puede jugar tranquilo ya que Leila le invitó. Y como usted parece dar por descontado que en las invitaciones hubo ocultas intenciones de boda, quizá su amigo haya fascinado a Leila.

—Posible. Quedamos pues solos usted y yo, mano a mano. Para entretener el aburrimiento, ¿iniciamos un idilio mecido por el susurro de las olas?

Patsy Brend rió con entonación burlona y levemente despectiva.

—Estoy descansando, amigo. Más claro… Hollywood abundan en hombres como usted, guapos, y que como usted se lo saben. Por más que las olas susurren no pienso flirtear con nadie… y mucho menos con usted.

—Tengo la vaga impresión de que le soy antipático, Patsy.

—Perdóneme por la estupidez que voy a decirle. Soy una chica poco distinguida, pero efectúo magníficas digestiones, porque nunca me callo lo que pienso. Instintivamente, me produce usted… ¿cómo diría?… ríase si le apetece, pero me produce usted escalofríos.

—Lo cual me halaga. Escalofriar es mejor que ser indiferente.

—Pero son escalofríos instintivos… No sé explicarme bien, pero supongo que si yo fuera un pájaro, levantaría el vuelo, porque usted se me antojaría un buitre sin escrúpulos. Perdóneme, pero es así. Quizá será su mandíbula o sus ojos… No sé. No me haga caso… pero eso sí, desista de hablarme de idilios. Quedo muy orgullosa de su declaración, pero no me merezco que usted pierda el tiempo conmigo. Y ahora si no le molesta, voy a reunirme con Leila, que allí sola debe aburrirse.

Gene Carter quedóse contemplando la graciosa figura atractiva de la ex chica de conjunto. Rió silenciosamente, porque sabía que experimentaría una gran satisfacción cuando acribillase a balazos a Patsy Brend.

***

Honolulú y Samoa fueron dos escalas que rompieron el monótono programa diario de bailes a bordo al compás de la radio-gramola, *bridge*, *poker*, baños en la piscina del yate, y lecturas complementando los baños de sol.

El «Safo» hacía rumbo a la costa asiática, teniendo por meta la ciudad de Shangai. Fué al cuarto día de viaje, cuando por la noche, Clem Stack y Gene Carter, vistiendo ambos con impecable soltura el *smoking*, dedicáronse a pasear, pasada la medianoche, por el puente de los botes salvavidas.

Podían ver las dos escaleras, y aquel lugar desierto les ofrecía la seguridad de no ser oídos. Los demás pasajeros habíanse retirado a sus respectivos camarotes.

—Ha llegado el momento, Carter —dijo el abogado tirando al mar el cigarrillo—. Ella ha narcotizado ya a los cuatro camareros y a las cuatro doncellas. En estos momentos los estará atando con solidez en sus literas y quedarán encerrados en los dos camarotes de servicio.

Acercóse Stack a una linterna, y consultó su reloj de pulsera.

—Son las doce y quince. Los dos oficiales segundos corren también a cargo de ella. Seguirán la misma suerte que la servidumbre. Ya sabes tú cometido.

—Tres maquinistas y el oficial. Ocho plomos a dos por cada.

—Desde la plataforma, te resultará un trabajo fácil. Terminada la labor, que iniciarás a las doce cuarenta en punto, sin dificultad, porque al silenciador le ayudará el ruido de la maquinaria, subirás a la cabina del piloto. Convéncele de que debe limitarse a seguir el mismo rumbo hacia Shangai. De las máquinas se encargará uno de los narcotizados, que lo ha sido en pequeña dosis, y de cuya vigilancia se encargará ella. Todo está claro, ¿no?

—Matemático. Tengo cierto orgullo al pensar que, entre los tres nos vamos a apoderar de un cacharro como éste.

—Yo tengo cierta lástima al pensar que un yate tan caro, tenga que hundirse en el agua, con todos sus pasajeros, menos tú y yo.

—Es gracioso. Ella no se figura lo que va a ocurrir. Supone que tan sólo nos limitaremos como propuso, a mantener en rehenes a los Market para sacar el millón. Y debe oír campanas de boda… Te quiere, Stack.

—Tuvo una idea genial. Pero constituiría un estorbo. No me gustan los socios femeninos. Vete a lo tuyo, Carter. Yo voy a cumplir mi parte en el negocio.

Separáronse los dos hombres, y cada uno de ellos dirigióse a un bote salvavidas de donde extrajeron un fusil ametrallador.

Mientras bajaban en sentido opuesto las dos escaleras, ofrecían un aspecto, naturalísimo. Era lógico que llevasen; las gabardinas al brazo. Actitud propia de quien se dirige a lugar cerrado. Y las armas quedaban así ocultas…

***

Cuatro personas dormían en incómoda postura en el salón-fumador del yate. Estaban sólidamente atadas a las sillas, y sólo la cabeza doblada sobre el pecho indicaba que el sueño producido por el narcótico no les permitía darse cuenta de su situación.

Arrellanado en un sillón frente a los cuatro prisioneros, Clem Stack mantenía cruzado sobre las piernas el fusil ametrallador.

De vez en cuando miraba su reloj de pulsera. Según los cálculos de Leatrice Thorn, el narcótico administrado por ella a los hermanos Market y a las dos estrellas, no tenía efectos soporíferos a las cinco horas.

La cena había sido servida a las once. Eran ya las cuatro y media…

En la mesita central, cuatro vasos contenían un líquido blancuzco en el que Leatrice Thorn había disuelto pastillas de un poderoso revulsivo, destinado a disipar la acción del narcótico.

Clem Stack apoyó la culata del fusil ametrallador en el suelo, reclinando el cañón contra el brazo de la butaca de la que acababa de levantarse.

Acercóse a la mesita, cogió uno de los vasos y echó atrás la cabeza de John Market, que dormía profundamente con la boca abierta.

Fué el abogado vertiendo el revulsivo en la garganta del multimillonario, que quedó con la nuca apoyada en el respaldo de la silla, con los cerrados ojos dirigidos hacia el techo de cristales y artesonado artísticamente.

Volvió Clem Stack a sentarse. Recapacitó unos instantes, como si se propusiera preparar las respuestas encaminadas a convencer a un cliente recalcitrante.

John Market produjo un ruido seco al cerrar de pronto la boca, y su cabeza cayó de nuevo encima del pecho. Volvió a levantarla, y abriendo los

ojos, pestañeó repetidamente…

Miró sus ligaduras, y por espacio de un minuto, sus ojos fueron sucesiva y alternativamente mirando a Clem Stack y a las tres prisioneras que continuaban durmiendo…

Clem Stack fumaba arrellanado en su sillón…

—No se torture en balde intentando adivinar lo que sucede, Market —dijo el abogado con palabras que sonaban tanto más extrañas, dado su rostro infinitamente melancólico y sus modales circunspectos de representante de la ley que está exponiendo un «caso difícil»—. Yo le pondré en antecedentes.

John Market sacudió la cabeza, como para despejar la pesadez de su cerebro.

—La premisa de que arranca esta anómala situación —prosiguió diciendo Clem Stack— es doble. Una insinuación de la secretaria tan eficiente que ustedes poseen, y una perentoria necesidad monetaria por mi parte.

—Le oigo y… no puedo creerlo, *mister* Stack. Supongo que habrá usted bebido en exceso, y nunca pude esperar tal broma. Es de un gusto deplorable y en el primer puerto le rogaré que desembarque. ¡Desáteme así como a ellas tres!

—No se acalore, Market. Usted es un hombre de negocios y posee la suficiente mundología, así como estudios prácticos en psicología humana, para comprender que no soy carácter amante de bromas, sean de la índole que sean. Si esto fuera una broma, yo mismo sería el primero en calificarla de pésima. Pero afortunadamente para mí, cuanto ha ocurrido y ocurrirá es serio, inexorablemente serio. Su hermana y las dos cineastas están narcotizadas y dentro de unos veinte minutos recuperarán los sentidos. He preferido administrarle a usted un revulsivo para que charlemos negocialmente sin que nos aturdan los quejidos y lamentaciones de las señoras. Ya sabe usted lo que ocurre con ellas: nervios, llantos, insultos, manifestaciones de descontento…

—¡Usted está loco! ¡Desáteme y terminemos este enojoso incidente!

—¿Cómo podría convencerle, Market, de que no hay locura en mi intención? —y Clem Stack cogió el fusil ametrallador que mantuvo apoyado encima de una de sus rodillas—. Puedo demostrarle con un ejemplo práctico que mi decisión es firme. ¿Cuál de las dos estrellas le es más antipática? Mi pregunta obedece al hecho de que una vez usted elija de las dos, la que menos le agrade, tendré sumo placer en demostrarle que estoy decidido a todo.

John Market murmuró incoherentes palabras inaudibles. Al fin, crispó las mandíbulas, susurrando:

—Hable, Stack. Diga lo que se propone.

—Emplea usted el tono suave de los enfermeros de manicomio, Market. Comprendo sus pensamientos. Este es un yate con ocho criados, tres oficiales y cuatro maquinistas. Espera ver aparecer alguno de ellos de pronto… Abandone tal esperanza. La servidumbre está atada en sus literas. Fueron, como ustedes, narcotizados por la eficiente Leatrice. Los maquinistas y oficiales han sido reducidos al personal indispensable, que, dirigido por

Leatrice y por mi socio Gene Carter, lleva el yate hacia Shangai. Si quiere comprobarlo personalmente, le liberaré los tobillos y las piernas. Usted mismo, con sus propios ojos, comprobará que ni me chanceo ni estoy loco.

John Market dió una cabezada, y mudamente se puso en pie cuando Clem Stack le quitó la cuerda que rodeaba sus piernas.

El abogado apoyó en sus espaldas el cañón del arma.

—Sea sensato, Market. Su muerte perjudicaría a su hermana. Visite cuanto se le antoje, para cerciorarse de que cuanto le he dicho es cierto.

En la cabina del piloto, Gene Carter, pistola en mano, manteníase detrás del piloto, que, sin volver la cabeza, miraba rectamente frente a sí, atado por una mano al tubo de órdenes.

En la sala de máquinas, Leatrice Thorn, en la plataforma, encañonaba con un fusil ametrallador a un oficial que abajo andaba entre los manómetros y las llaves de presión.

Cuatro cadáveres tendidos en el suelo del compartimiento hicieron estremecerse al multimillonario.

—Era personal sobrante, Market —anunció fríamente Clem Stack—. Me complace que los haya visto. Eso le demostrará que no hay vacilaciones ni escrúpulos en mi plan.

John Market, tambaleándose y empujado por el cañón del arma conminatoria, salió del compartimiento de máquinas. Antes de abandonar la plataforma sintió náuseas en el estómago al ver la sonrisa sumisa con que Leatrice Thorn despedía al abogado.

—El aire libre le despejará, Market —dijo Stack cuando se hallaban en el entrepuente—. Aquí mismo podremos continuar hablando sin temor a interrupciones. ¿Sigue creyendo en una broma?

—¡Usted… usted es un asesino!

—Necesito un millón, Market. Usted lo tiene. Démelo y el yate seguirá su viaje sin más muertes.

—¡Loco! —susurró el multimillonario—. ¿No comprende que al llegar a Shangai la policía subirá a bordo y…?

—Tiene usted un concepto muy pobre de mí intelecto, Market. Comprenda que esta contingencia está prevista. Apoderarse del yate era cosa fácil… Pero, en fin, es mi obligación empezar desde un principio.

John Market, sintiendo que sus piernas no le soportaban, dejóse caer sentado en un sillón extensible de cubierta. Ante él, Clem Stack colocó bajo su sobaco la culata del fusil, cuyo cañón apoyó en el antebrazo, con la postura del cazador al acecho de una pieza.

—Leatrice Thorn es un sujeto digno de estudio desde el punto de vista patológico, Market. Sufre dos complejos. Uno de resentimiento contra quienes le dieron empleo y son excesivamente ricos. Y otro de ancestral reminiscencia que oscuramente despierta en ella un especial sentido de adoración hacia el hombre que, maltratándola con desprecio, la enamoró. Lamento comunicarle que este hombre soy yo.

—¡Cínico canalla!

Clem Stack avanzó la zurda, cruzando por varias veces en reveses los labios del multimillonario. Lo hacía con una indiferencia tan evidente, que el propietario del yate sintió un intenso pavor.

Lamióse John Market los labios sangrantes, y en sus ojos alentó una luz de desesperado pánico.

—No me repita que estoy loco, Market. Soy simplemente un hombre que necesita un millón. Prosigo. Leatrice sabía que mi cuenta corriente estaba próxima a agotarse. No sabía que intenté el atraco al «South», pero fracasé por culpa de mis asociados. Vino a proponerme una solución. Lograría que me invitasen, así como a mi socio Carter, especulando con la atracción que Leila experimenta hacia los desconocidos que tengan alguna cualidad detonante. Fué seguramente mi rostro de desilusionado lo que la atrajo cuando fui presentado a ella por Leatrice. Quedamos invitados a este crucero de placer. Introduje una modificación en el plan original sugerido por Leatrice. Ella proponía que desde Shangai, y bajo la amenaza de dar muerte a Leila, presa y custodiada por Gene Carter, yo consiguiera el millón. No me acabó de seducir tal proyecto. Estimo mucho mejor y menos molesto el que he realizado. Usted firmará diez cheques por valor cada uno de cien mil dolares, contra distintos bancos. Acompañados de una carta de su puño y letra especificando que desea hacerlos efectivos prontamente, para un negocio que se le ha presentado, y aduciendo que yo soy su secretario actual, los haré efectivos. A veinte millas de Shangai, Gene Carter hará que el piloto dé media vuelta. Yo, en la canoa motor, arribaré a la ciudad, portando su carta y sus cheques. Si varié el plan sugerido por Leatrice, lo hice tras cerciorarme por cable que el gerente del «Colonial» en Shangai es un compañero mío de estudios. No pondrá el menor inconveniente en realizar inmediatamente la operación.

En las explicaciones de Clem Stack todo era cierto, menos un punto. Cuando hubiese logrado los cheques y la carta, y Shangai distase veinte millas, las máquinas del yate saltarían poco después que la canoa motor, llevándole a él y a Gene Carter, se hubiese alejado del «Safo».

Hundido el yate, y percibido el importe de los cheques, Clem Stack había ya meditado en la fase final de su proyecto. Un cirujano estético, nueva documentación y rumbo a Europa…

John Market intentó dominar su desazón.

—Supongo que tendré que obedecerle, ¿no?

—Eso supongo. Caso contrario, me vería en la obligación de suprimir primero a una estrella, después a la otra… y cuando quedase su hermana, creo que yo firmaría, si estuviera en su lugar. Firma habitual. Tengo copia exacta de la suya, Market. Como ve, todo está previsto.

—No pretenderé discutirle su proposición, ni tratar de deformar mi rúbrica. Un millón… no es nada para mí, si con ello quedara libre el yate de la mujerzuela traidora y de usted y su socio.

—He sido modesto contentándome con un millón. Más cantidad podría despertar ciertas sospechas. Bien, Market. Todo ha quedado ya en claro. ¿Desea preguntarme algo?

—Acompáñeme al salón. Quiero tranquilizarlas a ellas.

—Lo considero muy humano. Y, por lo que a mí respecta, preferible. No puedo soportar las voces femeninas cuando emplean el tono agudo o lloroso.

Tres mujeres, luchando por vencer la modorra que las invadía, vieron como en sueños a Clem Stack que ataba las piernas del multimillonario, sentado de nuevo.

El abogado abandonó el salón-fumador, y en cubierta aspiró con deleite. El yate seguía navegando hacia Shangai, y el azul del cielo y del mar hacía resaltar aún más la blancura de la lujosa embarcación.

CAPÍTULO IV

ABORDAJE

Nubes brumosas se extendieron al anochecer por todo el horizonte, envolviendo al yate, que aminoró la marcha.

El piloto pulsaba de vez en cuando el botón que transmitía las vibraciones a los sonoros zumbadores.

—Debo hacer sonar el aviso —explicó para aliviar sus nervios, sometidos a dura prueba ante la silenciosa presencia que a sus espaldas le encañonaba de vez en cuando—. En esta bruma podríamos chocar con otro buque…

—Cierre el pico, marino. Cumpla con su deber. Salvando al yate de naufragar se salva usted mismo.

El piloto, vuelto de espaldas, no podía ver la silenciosa risa del *gangster*.

Entró Clem Stack, que vino a sentarse junto a su «socio».

—Ha firmado cheques y carta, y espontáneamente ha escrito un atestado comercial muy convincente explicando un verosímil negocio que le hace requerir con toda urgencia que me entreguen el efectivo.

—Un abogado de tu clase no podía menos que ser persuasivo. Distamos sesenta millas de Shangai, según me ha dicho éste hace unos instantes.

—Esos parajes calurosos son los responsables de esta bruma nocturna. Vete a relevar a Leatrice. Que duerma.

Gene Carter hizo una seña al abogado, que le acompañó hasta el umbral.

—Ese no puede oírnos —dijo Carter, indicando con la barbilla al piloto —. Quiero, antes de relevar a Leatrice, ir al salón donde están los cuatro.

—¿Para qué?

—Tengo que matar a Patsy Brend —dijo Gene Carter con un leve temblor en los labios y plasmando en sus ojos el impulso homicida.

—Aguarda. Cuando distemos treinta millas habrá tiempo. La breve

espera colmará satisfactoriamente tu deseo, que supongo vengativo. ¿Fué insensible a tu atracción? Es imperdonable. Lo admito. Pero, hazme caso, Carter. Hasta ahora todo va bien. Vete a relevar a Leatrice. Podría caer rendida, y un oficial desesperado no nos sirve una vez muerto.

—Bueno —dijo Carter por todo comentario.

Desde la cabina, comprobó Stack que su cómplice entraba en la sala de máquinas. Más que verlo lo adivinó al ver recortada su atlética silueta en el marco brumoso pero iluminado por la linterna de la puerta que daba paso a la sala de máquinas.

Sentóse tras el piloto, y éste se extendió en amplias explicaciones de la navegación «a ciegas» al ser preguntado en tono indiferente y cortés.

El mar no era visible. El barco semejaba navegar flotando en nubes algodonosas de un gris sucio.

Fué transcurriendo la noche. De cuando en cuando consultaba Stack su reloj. Persistía la bruma, pero el piloto había explicado que en aquellas latitudes el sol, próximo ya a aparecer, disiparía como un gigantesco escobón la niebla. Faltaban treinta y dos millas para llegar a la ciudad de Shangai…

***

El velero se puso en movimiento al oír el persistente zumbido de las campanas de aviso con que el yate perforaba la bruma, lanzando su alarma destinada a que en caso de proximidad de buque éste iluminase su presencia con cohetes.

Pero el velero no lanzó cohetes, sino que fué aproximándose a la nave, dirigiéndose audiblemente por las campanas de alarma.

Era un velero de alta estructura, tripulado por medio centenar de piratas chinos dirigidos por el experto Kwo-Lang, uno de los jefes más venerados en Bias Bay.

Kwo-Lang bendijo a sus dioses por la presa que la bruma le enviaba. Cumplido ese rito de respeto ineludible, fué transmitiendo sus órdenes.

Como resultado de sus sabias instrucciones, cuatro lanchas planas colgaron en el vacío hasta posarse en las quietas aguas.

Contenían cada una diez piratas, silenciosos y armados con el instrumento más útil para los ataques, sin ruido: el largo lazo destinado inmovilizar las vidas que debían ahorrarse, porque cada muerte suponía un posible rescate menos.

Fueron remando con hábiles paladas que no perturbaban el silencio de la noche brumosa, sólo interrumpido por la campana de aviso del yate.

Cuando las lanchas planas fueron rozando el casco, dos en cada banda, sin que la operación tuviera dificultad, por la lenta marcha del yate, algunas cuerdas tantearon en la oscuridad proyectadas hacia lo alto.

Tras algunos fallos, fueron hallando presa en las setas de hierro de la cubierta del «Safo».

Ágiles y simiescas, sombra tras sombra fueron trepando por las cuerdas las menudas siluetas de los combatidos y feroces piratas chinos.

Por otras incursiones semejantes sabían cuáles eran los puntos vitales.

La cabina del piloto, la sala de máquinas, los camarotes de sollado y las salas de pasajeros.

Cada uno tenía su misión bien especificada. Reptando por el suelo de cubierta como serpientes bien disciplinadas, cada uno hacia su presa.

Tres lazos silbaron en la cabina del piloto; uno inmovilizó al marino; los otros dos se enroscaron alrededor del busto y los brazos de Clem Stack.

Simultáneamente, en la sala de máquinas cinco lazos rodearon diestramente el torso y los brazos de Gene Carter y Leatrice Thorn.

El oficial de máquinas alzó los brazos al verse rodeado por una decena de silenciosos piratas chinos, que le ataron sin resistencia.

***

Kwo-Lang se prosternó por tres veces alabando a sus dioses cuando su segundo vino a comunicarle la noticia de que el yate blanco estaba ya en poder de sus fuerzas.

La bruma que rodeaba al velero próximo a la embarcación americana iba tornasolándose.

Kwo-Lang dió instrucciones para que fuesen preparados los garfios de abordaje, que entrarían en función tan pronto se percibiese el primer rayo de sol, ya naciente.

Su segundo guardaba un silencio respetuoso. No podía, bajo pena de muerte inmediata, dirigir la palabra al «excelso Kwo-Lang» sin ser preguntado, pero su mímica facial era expresiva: denotaba un profundo asombro.

—Mis oídos desean escuchar la favorable noticia de que pocos han sido los que quedaron con sus cuerpos desprovistos de vida —dijo Kwo-Lang.

—Cuatro blancos muertos, invencible Kwo-Lang. Pero muertos ya cuando les vimos. Balas.

Kwo-Lang arqueó las cejas y su rostro adquirió una mefistofélica apariencia diabólica.

—Asombrosa noticia, pero veo que aun me reservas otras tan incomprensibles. Habla.

—Un piloto atado ya a un palo de hierro hueco. Y en sala hermosa, tres mujeres y un hombre atados también. En aposentos bajos, cuatro hombres y cuatro mujeres también atados, pero en sus lechos.

El sol perforó la niebla y se verificó la predicción del piloto. Como si invisibles escobas barrieran aceleradamente las nubes brumosas, la claridad iba enseñoreándose del horizonte.

Destacóse la silueta del yate, paradas las máquinas, a una distancia de treinta metros del velero pirata.

Kwo-Lang alzó el brazo derecho señalando el yate.

El velero fué aproximándose y los garfios de abordaje hicieron presa sin violencia en los pasamanos de cubierta, hasta que las dos naves quedaron adheridas estribor contra babor.

Por una pasarela tendida entre ambos barcos, Kwo-Lang, andando con tiesa arrogancia y lento paso, atravesó el madero. Dos de sus piratas prosternados le sirvieron de escalera humana para evitarle un humillante salto desde la pasarela hasta la cubierta.

Kwo-Lang dirigióse a la cabina, en cuyo umbral se detuvo, hundiendo las manos en las anchas mangas de su kimono recamado en oro y pedrería.

Clem Stack, desde que había sentido la brusca mordedura de la cuerda arrollándose alrededor suyo, conservaba los ojos cerrados. Había tenido tiempo de ver, sin poderlo remediar, quiénes eran sus vencedores. Una densa palidez furor siniestro deformaba sus facciones.

El piloto, atado al tubo lanza-órdenes, sabía también a qué atenerse.

Kwo-Lang habló en inglés con pronunciación cansina, en que cada palabra era silabeada con dificultad:

—Dirigir barco al caer noche hacia Bias Bay. Tú, hombre de mar por ropa azul y gorra blanca, saber dónde estar Bias Bay. Favor hacer rumbo Bias Bay sin engaño cuando noche caer. Replica, hombre de mar. Tienes permiso de Kwo-Lang.

—Haré rumbo a Bias Bay —dijo el piloto dócilmente.

—Eso bueno será.

Kwo-Lang abandonó el umbral, y en la cabina quedaron ocho piratas.

En la sala de máquinas, Gene Carter habíase ya desfogado con horribles imprecaciones. Leatrice Thorn lloraba histéricamente.

El oficial de máquinas contempló la majestuosa entrada de Kwo-Lang seguido de diez piratas.

—Tú, hombre de mar, obedecer órdenes rumbo a Bias Bay. Replica, hombre de mar. Tienes permiso de Kwo-Lang.

—Obedeceré, Kwo-Lang —contestó el oficial de máquinas.

—Aquellos cuatro cuerpos sin vida, ¿qué ser? —preguntó el jefe pirata dirigiendo su diestra hacia los cadáveres tendidos en el suelo de la caldeada sala.

—Compañeros míos. Los mató el hombre blanco atado —dijo el maquinista señalando con la barbilla la plataforma.

Kwo-Lang miró a Gene Carter como quien estudia un objeto curioso. Sin hablar, abandonó la plataforma, y quedaron en ella los diez piratas.

Visitó los camarotes de la servidumbre, sin preguntar. Su aparición hizo prorrumpir en gemidos a las asustadas doncellas.

El gesto de Kwo-Lang fué de desdeñoso enojo.

—Servidores de los blancos —dijo en chino—. No tienen valor humano porque nadie pagará rescate por ellos. Muerte.

Salió, mientras varios piratas dedicábanse con sus yataganes a la macabra

tarea de cercenar los cuellos de los ocho componentes de la servidumbre del «Safo».

En el salón-fumador, la entrada del imponente y silencioso Kwo-Lang seguido por una decena de piratas produjo en los cuatro prisioneros un nuevo incremento de pavor.

Kwo-Lang ostentaba en sus rasgos faciales toda la crueldad instintiva del chino refinadamente implacable.

El silencio con que contemplaba a los cuatro prisioneros infundía aún mayor zozobra a las tres mujeres y al multimillonario.

—Permiso tienes, hombre sin cabello, para hablar. Soy Kwo-Lang y el barco está en mi poder. Habla, porque no comprender lo que pasa en barco blanco.

John Market sintió aminorarse su pavor. Había oído hablar de la codicia de los piratas chinos y su escrupuloso cumplimiento de devolver los rehenes si eran pagados.

—Tres pasajeros a mi bordo nos traicionaron porque querían rescate, Kwo-Lang. Yo soy hombre rico, así como esas mujeres. Pagaremos lo que pidas.

—Si tres pasajeros a tu bordo hicieron presos a vosotros, yo ser tu salvador.

Kwo-Lang sonrió, mientras sus piratas, al verle sonreír, corearon como era la obligación, su mueca con estruendosas carcajadas.

—Esta noche —dijo Kwo-Lang cuando cesó el adulador coro de carcajadas— tu barco hará rumbo Bias Bay. Allí yo esperar tu dinero. ¿Cuánto valen tus mujeres?

—Pide, Kwo-Lang. Serás pagado.

El pirata chino acariciose el mentón de ralos pelos.

—¿Tu moneda cuál ser?

—La americana del norte. El dolar.

—Bueno, bueno el dolar. Tu barco muy bueno, muy bueno. Tú ser hombre rico, muy rico. Replica, hombre sin cabello.

—Soy rico.

—¿Y tus mujeres?

—También tienen dinero.

—Por vosotros cuatro, ¿darán familiares cuarenta mil monedas oro? Kwo-Lang no querer papeles.

—Te pagarán los cuarenta mil dolares en oro. Te lo juro, Kwo-Lang.

—No querer tu jurar. Pero yo sí jurar que de no venir monedas, tus tres mujeres serán sometidas a buenos suplicios.

Kwo-Lang salió y, como en sus otras visitas, los piratas que le acompañaban quedaron en el salón-fumador.

Leila Market, en valiente esfuerzo, habló animadamente:

—Casi debemos darnos por dichosos, John. Prefiero esos piratas chinos antes que a Clem Stack y a Gene Carter.

Patsy Brend, entre lágrimas nerviosas, dijo con voz temblorosa:

—Recuerdo a Kelleg… el guionista que tomaba fósforo con cuchara sopera… para hallar nuevos argumentos… Si salimos con vida le… le recomendaré un viaje de placer por esos mares.

—Yo creo que Leila tiene razón. Más seguros estamos ahora, ¿no, John?

—Así lo creo, queridas. Esos piratas cumplen sus compromisos negóciales… y Clem Stack, ¡condenado sea!, posiblemente no hubiera cumplido.

—Deprimente conclusión —sonrió Leila, que iba sintiéndose tranquilizada—. Los piratas chinos son más formales que los *gangsters* norteamericanos. ¡Yo tengo la culpa por haber invitado…!

—No te excites, Leila —reprochó cariñosamente el multimillonario—. La única culpable fué… esa incalificable hiena de Leatrice. Sin el menor remordimiento… me importaría muy poco que los piratas chinos la martirizasen. Al menos si por ella me piden rescate, me negaré.



Una conmoción repentina interrumpió a la estrella…

Vera Drums rió agudamente, con temblores epilépticos que agitaron sus hombros descubiertos por la camisa de dormir y la bata de encajes.

—No lo haga, *mister* Market —intervino Patsy Brend—. No podemos dejarla morir a manos de esos… salvajes. Entréguela a la justicia nuestra. Por

la acusación de secuestro, ya pagará su delito en presidio.

—¡Qué pueriles sois! —clamó agudamente, con acerba entonación, Vera Drums, crispado el rostro—. Habláis de un futuro tan inseguro como si se tratase de…

Una conmoción repentina interrumpió a la estrella. El yate acababa de bandear como si un cráter marino lo impulsase.

Un horrísono estallido ensordeció a los cuatro blancos, mientras los piratas que les custodiaban, prorrumpiendo en gritos feroces, salían corriendo a cubierta.

Una cacofonía de gritos, aullidos, detonaciones y choques de aceros pobló el anterior silencio que reinaba en cubierta.

La puerta abierta y las cristaleras del salón-fumador permitieron a los cuatro prisioneros contemplar con angustia atenazadora las figuras gesticulantes de los piratas chinos, algunos de los cuales peleaban con otros individuas de su raza, mientras un segundo velero, engarfiado por la borda al velero de Kwo-Lang, iba vaciándose de tripulantes que se lanzaban al asalto del yate atravesando el barco intermedio.

Pero un fusil ametrallador repiqueteando en crepitantes ráfagas absorbió la atención de los cuatro prisioneros.

Vieron a un individuo vestido a la usanza de los marinos americanos que, echada la gorra hacia atrás descubriendo los rojos cabellos, iba aureolando su avance por la cubierta del yate con el humo que brotaba producido por las llamaradas mortíferas de su arma…

CAPÍTULO V

«GINGER»

Ross Maloney, la noche de su salida del puerto de Shangai, reunió en su camarote al viejo Tian, al luchador Ling y a Chui-Apoo, el mestizo, hijo de madre china y de padre norteamericano.

Sentado tras la mesa donde acababa de cenar, Ross Maloney gargarizóse ruidosamente con un sorbo de jugo de naranjas antes de empezar a hablar.

—Vamos a ver si nos entendemos, macacos. Tú, Ling, me has asegurado que con los ojos vendados llevarías el barco a la isla de Pettigrew. A mí personalmente no me hace mucha gracia andar con esa cáscara de nuez encima de tanto mar. Tú me aseguraste que el velero resistirá el viaje. Si naufragamos, te doy yo otra seguridad, Ling: la de que antes de hincharme como un sapo repleto de agua salada, te cortaré la lengua por embustero. Será un relativo consuelo.

—Llegaremos a Pettigrew, capitán Pantera —dijo Ling arrugando el rostro en múltiples frunces de hilaridad—. Tú no me cortarás la lengua,

porque yo soy un buen piloto, y el «Furia» vencerá las sesenta millas que separan la costa de la isla.

—Así sea. Puedes irte al timón. Me gustas mucho agarrado a la rueda como un gorila lustroso y bien cebado.

Ling inclinóse por tres veces en rápidas reverencias y salió del camarote.

—Bueno, ahora tú y yo, abuelo Tian. Irás explicando a los macacos lo que vamos a hacer. Ganaremos mucho oro en la isla cogiendo cañas dulces y haciendo con ellas un líquido que pagan generosamente. Debes advertirles una cosa. Haremos líquido, pero así como el pastelero no se empacha con sus productos, tampoco los macacos probarán una sola gota del ron, que ese es el nombre del líquido que vamos a fabricar. Somos desde ahora, destiladores, pero no borrachos. Ya tomaré mis medidas, pero de todas formas prefiero avisar cordialmente. Al que sorprenda yo intentando engullirse ron, cordialmente le propinaré una tanda de puntapiés en las sentaderas de resultas de la cual estará una semana teniendo que vivir de pie.

—El ron ser bebida fuerte, capitán Pantera —dijo sesudamente el viejo pirata—. Yo la probé en Hong-Kong. No me agrada.

—Mejor que sea así. Comunica tu desagrado a los otros. Ahueca, abuelo.

Tian levantó una mano, inclinándose a la vez con reverencia rápida.

—¿Qué me quieres preguntar?

—Cuando te conocí, capitán Pantera, te dije que yo no podía ser tu abuelo… Pero me haces gran honor, y pido las bendiciones de Confucio para ti.

—Espero que Confucio no sea avaro en bendiciones y tú recibas una buena ración en su reparto. Te llamo abuelo porque tienes muchas años, Tian.

—Muchos, pero mi yatagán es veloz y mis enemigos me temen.

—¡Qué duda cabe! Tú eres un luchador que une a la fuerza la astucia de la experiencia de tus años. Eres temible, Tian.

El viejo pirata inclinóse por tres veces con infantil satisfacción y abandonó el camarote henchido de orgullo.

—Arrímate, Chui-Apoo. Desde que te pesqué en Shangai, pareces estar algo asustado, muchacho.

El mestizo, efebo de veinte años, de largos cabellos negros untuosos de aceite anudados en moño, avanzó con paso menudo. Ross Maloney le miró en silencio.

—Descorre la cortina, Chui-Apoo. Me refiero a tus párpados. No me gusta que cuando hablo a alguien éste oculte su mirada.

El mestizo abrió hasta el máximo sus ojos negros.

—Eso es. Los parpadeos y las timideces están bien en las mujeres. No en ti, muchacho. Trata de comprenderme. Me dijeron que tú habías trabajada cinco años en una destilería de Shangai, de donde te echaron hace un mes porque robaste el salario de otro trabajador. ¿Es cierto? No me mientas, porque a mí me resultará tan útil un destilador sin lengua como un destilador charlatán y embustero.

—Yo quería regalar un collar a mi amada. Por eso cometí la fea acción de robarle el salario a un compañero. Lloré mucho en arrepentimiento.

—El amor es mal consejero, muchacho. Estoy muy enterado. ¿Lloraste? No lo hagas en Pettigrew porque no quiero ron de mala clase que sepa a aguado. Has sido sincero y eso tiene valor. Te pagaré, como te prometí, un jornal diario doble al que te daban los negreros que te empleaban. Pero voy a ponerte tres condiciones. La primera, que si tu aliento me huele a ron, te daré una paliza.

—No bebo, capitán Pantera. Prefiero tañer el laúd y componer trovas a mi desdeñosa amada.

—Allá cada cual con sus vicios, muchacho, mientras no te bebas mi ron. La segunda condición es que hay que arrimar el hombro. Para que me entiendas mejor, te aclararé. Los de tu, raza trabajáis a un ritmo que da ganas de bostezar a quien os mira. Yo dividiré la jornada en tres partes allá en Pettigrew: ocho horas por la noche de sueño; otras ocho para comer, pasear y tocar el laúd o escribir tonterías acarameladas; pero las ocho que quedan serán para trabajar sin remilgos.

—Quiero trabajar como mi padre lo hacía. Era norteamericano.

—Eso me infunde esperanzas, Chui-Apoo. Y ahora la tercera condición es mucho más fácil. Tienes un nombrecito que para pronunciarlo hay que pasar de un inicio de silbido a un eructo. Simplificaremos el ejercicio. Te llamaré *Boy*, y saldremos ganando tiempo tú y yo. Puedes largarte. Aguarda. ¿Por qué tienes cara de liebre asustada?

El recién bautizado deglutió saliva por varias veces.

—Desembucha, *Boy*. A mí me revientan los misterios. Todo lo que no comprendo me da dolor de cabeza. Habla sin temor, ¡cáscaras!

—Tú… tienes fama en Shangai… Hablan de dinamita y de tu escupe-fuegos… Tus cabellos son de sangre violenta…

—¿Ya estamos con el disco chino? ¡Eres un cretino estúpido, *Boy*! No me como a los niños crudos, y mucho menos te voy a dinamitar, si tú eres mi destilador. Arrincona el pánico y hazle honor a tu padre. Apuesto a que él no se hubiera asustado de verme.

—Era muy valiente. Murió peleando con cuatro policías chinos.

—¡Cáscaras! ¿Qué había hecho?

—Al morir mi madre, él raptó a la hija de un mercader, haciéndole el honor de quererla por esposa. Pero ella no quiso, y se escapó…

—Bueno. Olvídalo. Sigue escribiendo poesías y tocando el «banjo». Vete a dormir para almacenar energías.

Al quedarse solo, Ross Maloney se puso en pie, desperezándose cuan largo era. Sentíase contentó al iniciar su nuevo cambio de ruta.

Dirigió una mirada de soslayo al camarote donde antes dormía Mei-Hsi, la falaz y vengativa shangaiense.

Palpóse el lóbulo de la oreja donde el ópalo, ya engarzado sólidamente, hacía resaltar aún más sus rojos cabellos. Entró en el camarote y salió

llevando en brazos un montón de ropa femenina que echó al mar por una lucerna.

—Lo hermoso de este negocio es que ya no veré mujeres por largo tiempo. Eso reconforta el espíritu.

Bostezó ampliamente, y poco después roncaba apaciblemente tendido en la litera, mientras el «Furia» seguía navegando hacia la isla.

Despertóse media hora antes del amanecer, y después de lavarse en cubierta con abundantes chorros de cubos de agua salada que se vertía encima del atlético cuerpo, pasó a su camarote para beber el té humeante que ya Feng-He le había traído.

Comió varios emparedados, entre cuyo pan la carne de pollo envuelta en mantequilla rezumaba grasa. Finalizó su desayuno con un jugo de naranjas, y salió a cubierta.

La bruma seguía sin despejarse, aunque iba perdiendo el color grisáceo. Y repentinamente, poco después, el mar brotó azulado y el cielo se despejó.

—¡Cáscaras! —gritó Maloney.

También sus hombres habían visto el espectáculo que motivaba su grito. Un velero de estructura oriental estaba abordando un yate…

El anteojo que Maloney empuñó le reveló unas letras doradas que a babor de la proa decían:

«SAFO. San Francisco.»

Los piratas chinos iban invadiendo distintos compartimientos del yate. Surgiendo de la bruma, el «Furia» distaba apenas cien metros del velero pirata.

—¡Proa a ellos! —gritó Maloney—. ¡Al abordaje!

Corrió a su camarote, de donde salió con el fusil terciado en bandolera ante el pecho y ajustándose el cinto con las dos *Colt*.

Fué al polvorín y de la caja especial extrajo dos largos cartuchos rematados por una mecha negra.

Impulsado por viento a favor, el «Furia» devoró rápidamente la distancia que le separaba del velero pirata.

Ross Maloney advirtió su llegada lanzando en arco los dos cartuchos de dinamita uno tras otro. Humeaban aún las explosiones cuando ya sus hombres asaltaban el velero desmantelado.

Generalizóse el combate, mientras Maloney, avanzando por la cubierta del yate, iba barriendo el aire a media altura.

Los piratas de Kwo-Lang caían derribados por los tripulantes del «Furia», y Ross Maloney volvió a colgar su fusil ametrallador cuando Tian y Ling le anunciaron que Kwo-Lang y sus piratas yacían en el fondo del mar.

—Ya no harán más perrerías —dijo Maloney a modo de comentario—. Id a hundir el velero y engarfiad el «Furia» al yate mientras yo tranquilizo a mis paisanos.

Ennegrecido el rostro por el humo de la pólvora, sangrante un hombro por la desgarrada guerrera de resultas de un golpe de refilón de un yatagán, y armado con sus tres instrumentos de combate, ignoraba Ross Maloney que su aspecto no tenía nada de tranquilizador.

Enmarcóse su alta silueta en el umbral del salón-fumador. En rápida ojeada vió tres mujeres, una de ellas en traje de noche, las otras dos en bata y camisón, atadas a sendas sillas, así como un individuo calvo vestido de *smoking*.

—Hola, amigos. Soy de Kansas —anunció gozosamente.

Vera Drums chilló agudamente, como si acabase de ver un animal salvaje.

—¡No puedo más! ¡No puedo más! —clamó exasperada, temblando epilépticamente.

—¡Cáscaras! ¿Qué le ocurre, rubia?

—¡Váyase! —gritó Leila Market imperativamente—. Pagaremos el rescate que exija, pero líbrenos de la odiosa contemplación de un americano capitaneando piratas chinos contra sus propios conciudadanos.

Ross Maloney rascóse la sien.

—Emociones recientes. Es natural. Bueno, cuando se calmen ya les desatarán. Prefiero entendérmelas con los pilotos. Ellos no son gente de nervios sensibles ni mujercitas chillonas.

—¡Por favor! —exclamó John Market—. No se vaya. Tengo que hablarle.

Ross Maloney dió media vuelta, encarándose con el multimillonario.

—A ver si nos entendemos, amigo. Esta señorita me chilla no sé qué acerca de que no puede más; esta otra señorita del vestido de seda azul me insulta y me dice que me vaya. Usted quiere que me quede. Bien está que les haya trastornado un poco lo sucedido. Cálmense, y cuando haya conversado con los pilotos…

—Le suplico que me atienda, señor —dijo John Market—. Yo soy el propietario del yate. Ofrecí a Kwo-Lang cuarenta mil dolares por nuestro rescate. Doblo la suma…

—*¡Abur!* Volveré cuando ande mejor de la sesera, hermano.

Alejóse Maloney a largas zancadas. Mientras se dirigía a la cabina del piloto rezongaba por lo bajo comentarios poco amables contra «los pasajeros de lujo».

***

Cuando los piratas chinos abandonaron precipitadamente la cabina para acudir a la cubierta a combatir, Clem Stack consiguió, tras ímprobos esfuerzos, sacar la pistola que enfundaba entre su cintura y la camisa.

Apuntó al piloto, que le daba la espalda, y apretó el gatillo por tres veces. Destinó las otras cuatro balas a cortar sus ligaduras, y acababa de lograr

vencer las dificultades que oponía la recia cuerda trenzada en fibras de cáñamo y acero cuando en la cabina entró Ross Maloney.

El recién llegado abalanzóse en zambullida horizontal, aferrando la muñeca del abogado, que le dirigía la pistola.

A la vez que retorcía la muñeca armada, conectó Maloney su cabeza contra el estómago de Clem Stack, y ambos cayeron, quedando el abogado boca arriba crispada la zurda en su estómago dolorido.

Púsose en pie Maloney, tirando por la puerta abierta la pistola.

—¡Vaya, compadre! Tengamos la fiesta en paz. Su recibimiento no tenía nada de cordial. ¿También me cree usted un pirata dispuesto a exigir rescate? ¡Cáscaras! Eso me harta ya. No se mueva con intenciones de pelea porque le zumbaré más fuerte. Soy Ross Maloney, americano, de Kansas. Tan pronto quede hundido el velero del pirata, me largaré con viento fresco y que sigan ustedes su viaje. Usted viste *smoking*. Es pasajero de lujo. ¿Qué le pasó al pobre piloto?

—Lo mataron los piratas. Perdone si le recibí pistola en mano. Acababa de liberarme de la cuerda-lazo que me arrojaron los chinos… Me creí ante un enemigo.

—Bien. Queda aceptada la explicación. Iré ahora a la sala de máquinas a que el maquinista me cuente lo sucedido.

—Escuche, *mister* Maloney. Tengo que ponerle en antecedentes de un lamentable intento de estafa. ¿Habló con John Market? Un sujeto calvo de rostro severo.

—No le quise oír porque desvariaba. Usted al menos habla con cierta mesura y ordenadamente. ¿Qué lamentable incidente de estafa es el que me quiere contar?

—John Market, su hermana y las estrellas de Hollywood eran mis invitados.

—¿De quién es el yate?

—Mío.

—Market me dijo que él era el propietario.

—Es un embaucador peligroso. No sabía, cuando le invité a instancias de la esposa de Gene Carter, mi íntimo amigo, que él y su hermana eran dos estafadores sin escrúpulos.

—¿Quién es su hermana?

—La de ojos negros imperiosos.

—Ya. La que allí en el salón viste de azul. Siga explicándose, *mister*…

—Me llamo Clem Stack. Abogado. Tuve la fortuna de jugar a la Bolsa cuando la baja del trigo, y gané millones. Planeé ese crucero de placer, llevando a mi amigo Carter con su esposa, a los Market y a las dos estrellas. Market y su hermana me tenían preso, así como a Carter y su esposa. Querían obligarme a firmar cheques…

—¡Qué falta de escrúpulos! —protestó sinceramente indignado Ross Maloney—. ¿Conque encima de que usted los invitó… querían pegarle un

bocado a sus millones? Bien, ahora los tiene amarrados. Ya la policía de Shangai se las entenderá con ellos…

El yate sufrió varias sacudidas. Los tripulantes del «Furia» acababan de abrir boquetes en la cala del velero pirata y, soltando los garfios de abordaje, saltaban al «Furia».

—Labor de limpieza —explicó Maloney—. Luego juntarán mi velero, y me marcharé. Estará usted deseoso de liberar a su amigo Carter y a su esposa, ¿no es verdad? Vamos hacia la sala de máquinas. ¡Hey! —exclamó de pronto —. ¿Y ese escupe-pólvora?

Clem Stack miró hacia el arma, que apoyada en la mesa de las cartas marinas, señalaba Ross Maloney.

—El piloto. Pero no pudo usarla.

—Déjela donde está —advirtió Maloney—. Se lo aconsejo. No se ofenda si le digo que tiene usted un semblante algo amargado. Podría usted dejarse llevar de la indignación y querer vengarse de los Market ahora que está aún bajo la reciente cólera. Mejor será que más tarde, ya enfriado, reflexione y comprenderá que es de ley que sus estafadores sean juzgados por tribunal de acuerdo con la ley americana.

Clem Stack asintió mudamente, y, caminando junto al marino, entró en la sala de máquinas.

—Ese es mi amigo Carter y ésta su esposa —dijo rápidamente Clem Stack en la plataforma—. Aquel maquinista fué sobornado por los Market.

—¡Maldito *gangster*! —rugió el maquinista—. ¡Maldito *gangster*!

—¡Hey! —gritó de pronto Maloney—. ¿Y esos cuatro cadáveres?

—Los mató el maquinista, sobornado por las promesas de los Market.

Congestionado por la ira, el maquinista sólo pudo balbucir palabras inaudibles entre espumarajos de rabia.

Inclinóse Clem Stack sobre los cuerpos atados de Gene Carter y Leatrice Thorn.

—¡Los Market son los dueños! —tronó el maquinista.

Ross Maloney tocó en el hombro a Clem Stack.

—Ya desataremos después a sus amigos, *mister* Stack…

—Pero, ¿va usted a consentir que esta señora continúe atada?

—Hay también en el salón-fumador tres señoras atadas.

—Permítame atender a mí deber de amigo y…

—He dicho que se levante y deje de bregar con las cuerdas —habló Maloney incisivamente—. Hay aquí algo que no acabo de ver claro. Venga conmigo.

—¿Dónde?

—Al salón-fumador. Quiero oírle intercambiar un diálogo con los hermanos Market.

—Pero… ¡es absurdo, *mister* Maloney!

—Será absurdo… Pero no me gusta el hocico de su amigo Carter. Y en cambio la jeta del maquinista es de tipo correcto, y me convence más.

—¡Que lo diga, patrón! —gritó el maquinista, alborozado—. Vaya con tiento. Ese pájaro llamado Stack es un *gangster* así como…

Clem Stack levantó de pronto su rodilla, alcanzando el estómago de Maloney, a la vez que, cegado de furor, propinaba un recio «uno-dos» al rostro del doblado marino.

Esquivó Maloney los puños y, distendiéndose, pese al dolor que experimentaba en su estómago, chocó su cabeza contra la mandíbula del abogado.

Remató su defensivo ataque asestando los dos puños juntos contra el cuello de Clem Stack, que se desplomó como un fardo.

—¡Bravo, patrón! —aulló el maquinista desde abajo—. No desate a la arpía. Olvide que es mujer. Me tuvo encañonado todo el día de ayer y la noche entera. Ella es la secretaria de los Market.

—¿Y ese? —preguntó desde la plataforma tocando con el pie a Gene Carter.

—Es el que mató a mis cuatro compañeros. ¡Canalla *gangster*!

—Endiablado misterio —masculló Maloney frotándose el estómago—. Pero eso se aclara ahora mismo, tan seguro como me llamo Ross.

Inclinóse y, levantando en vilo al desvanecido Clem Stack, lo llevó en brazos hasta el salón-fumador. Entró sin hablar y dedicóse a atar al abogado a un sillón.

—Aborrezco los líos —dijo ceñudamente, reincorporándose—. No me chillen ni me aturdan más de lo que ya lo estoy intentando hablar todos a la vez. Hablará aquella persona a quien yo le pregunte.

Patsy Brend atrajo la mirada de Ross Maloney. Tenía el aspecto, desprovisto su rostro de todo maquillaje, de una muchacha de campo.

—Hable usted, hermana. ¿Quién es usted?

—Me llamo Patsy. Fui invitada por *mister* John Market. Soy artista de cine… Ha sucedido algo horrible. Este hombre que acaba usted de transportar es Clem Stack, un abogado. Fué invitado por Leila Market, a instancias de Leatrice, la secretaria.

—Usted va bien por ahora, hermana. No descarrile ni se salga por la histeria y el ataque de nervios. ¡Cáscaras! Yo he venido a arreglar la cosa. No soy ningún criminal… ya que despachurrar a piratas chinos que se disponían a llevarles a Bias Bay no es más que cosa natural.

—¡Yo le creo, «Ginger»! —exclamó con vehemente sinceridad Patsy Brend.

—«Ginger» —musitó Ross Maloney.

La alusión a sus cabellos rubio-rojizos le recordó los prados de la granja de Kansas donde una compañera de juegos, entre peleas y obsequios de manzanas, le llamaba «Ginger»…

—Usted parece buena chica, Patsy. ¿Quién es esta señorita?

—Mi amiga: Vera Drums. Artista de cine como yo…

—¡Patsy! No debes dar confianzas a este pirata que…

—¡Calle usted, estrella! —conminó Maloney, irritado—. No me adopte aires de baronesa europea ultrajada, porque… ¡bueno!… eso no es una escena de sus películas. Siga hablando, Patsy. Usted y yo nos comprenderemos.

—Gracias; «Ginger» —dijo ella sonriendo. Y el encanto de su semblante hizo sonreír a Maloney—. Yo creo que si hablase *mister* Market, él le convencería mejor. Yo soy una ex chica corista sin dotes de cultura.

—Usted es una muchacha simpática —dijo Maloney con agrado—. Bueno, hable usted, Market. A ver si esta madeja acaba de desliarse.

John Market fué exponiendo lo sucedido con palabras precisas y clara relación de los hechos. Al terminar su relato, el multimillonario quedóse en expectante actitud.

Clem Stack había ya recuperado el sentido.

—¡Valiente cerdo! —rezongó Maloney amagando un golpe en dirección a Clem Stack—. Un poco más y me la da con queso.

Extrajo de su bolsillo un cortaplumas y fué deshebrando las cuerdas que mantenían presa a Patsy Brend.

Ella frotóse los entumecidos miembros, poniéndose en pie.

Impulsivamente abalanzóse y besó en las mejillas el ennegrecido rostro de Ross Maloney.

—¡Gracias, «Ginger»! Usted es un gran sujeto…

—Cuando yo sea rico, Patsy, compraré todos sus *films* para verla en particular. Tome el cuchillo y vaya soltando a sus amigos, menos, naturalmente, a ese cerdo. Y escúchenme con atención. Usted, la estrella que parece haberse tragado el mango de una escoba, con tanto envaramiento, y usted, Leila Market, que me asesina con ojos de pocos amigos, me han acusado de pirata negociante en rescates. Me dolió como si me hubieran asestado una coz en las espinillas… Yo soy Ross Maloney, y mis hombres son amarillos, pero son macacos decentes. Mi velero se dirigía a la isla de Pettigrew, donde voy a instalar una destilería de ron. Y allá me voy… Denle gracias a Patsy, que es una señorita… pues, magnífica… porque de lo contrario aquí les habría dejado a todos amarrados y a la deriva. Quédense con sus tres *gangsters* y entréguenlos a la policía al llegar a Shangai.

Rió de pronto Maloney en carcajada estentórea. John Market y las tres mujeres le miraron.

—Me ha causado cosquillas en la garganta una idea repentina. Tendrán que utilizar los servicios de *miss* Vera Drums como fogonera, porque carecen de personal…

—¡Usted es un ente grosero! —gritó Vera Drums—. Se burla de unos pobres maquinistas asesinados…

—¡Pare el coche, hermana! —interrumpió Maloney, acalorado—. Si yo le soy antipático, tampoco me resulta usted agradable. Pero va un abismo de la idea que me hizo gracia al hecho que usted cita. Bueno, y ya está bien de charla insulsa. Buen viaje. Mucha suerte, *miss* Brend.

—¿Se va, «Ginger»? —preguntó ella, atareada en liberar a John Market.

—Ya no tengo nada que hacer en este barco de lujo. Tengo que ir a mi isla de Pettigrew.

Leila Market aproximóse a Ross Maloney.

—¿Por qué no nos facilita algunos de sus hombres para ayudar en la labor de navegación?

—Shangai dista treinta millas apenas. Llegarán cómodamente… y, ¡cáscaras!… trabaje usted alguna vez en su vida. Adiós.

—Diez mil dolares si me ayuda —dijo Leila Market imperativamente.

Ross Maloney contempló la elegante figura de la multimillonaria.

—Diez mil dolares es una cifra que me entusiasma, Leila Market. Pero, por una vez, dejo de ser práctico y comercial. Sacrifico diez mil dolares al placer de que aprenda usted una cosa: que el dinero no lo es todo en este mundo. Prefiero ganarme esta suma en tres meses de vender ron, antes que servirle a usted en algo. He dicho, y me quedo satisfechísimo.

Iba Leila Market a replicar, cuando una horrenda explosión inflamó el espacio.

Los cuatro ocupantes del salón cayeron al suelo, derribados por el convulso brinco del yate, que, como un animal herido por el rayo, cabeceó de proa.

De la sala de máquinas, gigantescas llamas brotaron, y una mancha aceitosa desparramóse por cubierta en reguero llameante.

Las máquinas acababan de estallar, sometidas a una excesiva presión.

CAPÍTULO VI

NAUFRAGOS

El fuego se propagaba con una velocidad susurrante, mientras el yate era sacudido por pequeñas explosiones que eran secuencia de la enorme deflagración producida por el estallido de las calderas.

Ross Maloney, lanzado por la onda explosiva contra una escotilla, púsose en pie, maldiciendo.

El calor del incendio convertía en pegajoso bochorno el ambiente, haciendo irrespirable el aire.

Pero la alarma de Maloney subió de punto al presenciar angustiado cómo los chorros de petróleo en llamas invadían la cubierta del velero «Furia», que en cumplimiento de sus órdenes había pasado a ocupar el lugar antes usufructuado por el velero de Kwo-Lang.

Corrió hacia las dos bordas engarfiadas entre sí. Pero las llamas se le habían anticipado, prendiendo en velas y aparejos. Corrían en reguero incandescente hacia la popa.

En la popa del velero… donde el polvorín con la dinamita se abría, y

hacia el que las llamas resbalaban en lava humeante.

Los tripulantes del «Furia» intentaban sofocar el incendio que el yate había propagado, lanzando al agua cubos que remontaban con la ayuda de largas cuerdas, vaciándolos con chasquidos sobre cubierta.

Pero el fuego seguía su labor devastadora. De un instante a otro entraría en el polvorín…

—¡A los botes! —gritó Maloney desde la cubierta del yate—. ¡Pronto! ¡Abandonad el «Furia»!

Tian y Ling repitieron la orden con guturales exclamaciones.

Una ola humana precipitóse hacia los cuatro botes de la banda de babor del «Safo».

Eran cuatro grandes lanchas, que pronto fueron ocupadas por la mayoría de la tripulación, mientras otros maniobraban en las poleas.

En una de las lanchas, ocupada por ocho hombres, Tian y Ling esperaban para arriarla el recibir la orden de Ross Maloney.

El yate inclinábase peligrosamente de proa. Las explosiones no cesaban, y era ya gigantesca la hoguera formada por las llamas.

Leila Market, cogida a un brazo de su hermano, avanzó corriendo. En el otro brazo del multimillonario aferrábase Vera Drums.

—¡Intente salvar el yate! —gritó Leila Market.

—¡Métanse en la lancha! —vociferó Maloney empujando al multimillonario y a las dos mujeres—. ¡Pronto! ¡Esto dentro de unos momentos va a estallar! ¡Pronto!

Patsy Brend acudía corriendo velozmente.

Ross Maloney, al verla, respiró aliviado. La levantó en vilo, depositándola en el interior de la lancha donde estaban ya los otros tres pasajeros del «Safo».

—¡A proa, abuelo! —ordenó Maloney.

Mientras el viejo pirata ocupaba en la cuarta lancha el lugar señalado, Maloney maniobró en la polea, y juntamente con las otras tres lanchas, las embarcaciones bamboleáronse en el espacio, descendiendo lentamente suspendidas de los cables.

Apenas tocaron, el agua, los que habían maniobrado las poleas descendieron por los cables, quitando, al tocar los maderos, los garfios de sujeción.

—¡Todos a remar furiosamente, macacos del demonio! —tronó Maloney mirando con temor el blanco casco que, coronado de llamas, le ocultaba la visión de su velero… y el polvorín.

Las cuatro lanchas, fuertemente impulsadas por los remos, fueron alejándose… Distaban escasamente cincuenta metros del «Safo» cuando las embarcaciones fueran propulsadas por una corriente impetuosa que las zarandeó como si se tratasen de corchos flotantes.

El estampido ensordeció los ámbitos: el polvorín acababa de estallar. Penachos de humo negro coronaban los destrozados navíos adheridos el uno

al otro, y las llamas formaban un rojo cráter…

Con sordos bramidos de maderas atormentadas, las dos naves fueron hundiéndose. Un gran remolino, que produjo extensas olas, que de nuevo impulsaron las cuatro embarcaciones, señaló el lugar donde habían hallado su cementerio los restos del «Safo» y el «Furia».

Ross Maloney, en pie junto a Tian en la proa de la lancha que iba a la zaga de las otras tres, agitó la mano en desmadejado ademán de tristeza.

—Adiós, amigo… El yate te perdió, pero tú le disparaste la última salva. ¡Maldito yate!

Volvióse de espaldas a los ocho remeros y a los cuatro blancos.

—¡Ling! —gritó—. Oriéntate hacia Shangai. Que tu lancha abra el camino.

La lancha patroneada por el piloto púsose en cabeza, y las otras dos aguardaron a que las pasara la que conducía Ross Maloney.

El joven americano dejóse caer abatido en el banco de proa, junto al viejo pirata.

—¡Al agua mi destilería, abuelo! —murmuró apenado.

—Tú ser invencible, capitán Pantera —salmodió el chino—. Tú conquistar otro barco. Tú llegar a lo que te propongas, porque tú ser «el huracán arrollador» y tú ser «joya roja de las tripulaciones»…

—Yo ser muchas cosas, abuelo Tian. Pero lo cierto es que el maldito yate tan blanco y pintadito ha hundido mi barco, y con él toda mi fortuna en esta tierra.

—Le resarciremos ampliamente de su pérdida… —empezó a decir Leila Market.

Ross Maloney pegó una sonora palmada en la culata de su fusil ametrallador.

Dirigió a la multimillonaria una mirada enfurecida.

—¡Cállese! ¡Usted y sus dolares me son odiosos! ¿Quién me devolverá el viejo amigo que era el «Furia»? ¡No quiero un solo dolar de ustedes! ¿Por qué no se quedaban en América? ¡Malditos sean todos!

Para desfogarse inclinóse por la borda, y lanzóse contra el rostro agua salada que empujaba con las dos manos. Frotóse con vigor el rostro y la nuca por espacio de largo tiempo, hasta que recobró su humor habitual.

El agua quitó de sus rasgos el ennegrecimiento de la pólvora.

Sonrió con cierta acritud, mirando a John Market sentado junto a Leila. En el banco lateral sentábanse las dos estrellas.

Tras los cuatro pasajeros, los ocho chinos remaban acompasadamente. Las lanchas avanzaban fácilmente por la encalmada superficie del desierto océano.

—Oiga, John Market. ¿Cuánto valía su yate?

—Tres millones y medio.

Ross Maloney silbó admirativamente.

—¡Cáscaras! ¿Existen tres millones y medio? Deben formar un montón

de papel aterrador. Bueno, acaba usted de perder tres millones y medio.

—No es pérdida que me afecte, *mister* Maloney —sonrió el multimillonario, que veía ya próximo el momento de llegar al final de la pesadilla que hasta entonces había vivido—. El «Safo» estaba asegurado contra todo accidente.

—Si tengo otro barco aprovecharé la enseñanza. Por de pronto, cuando vea un yate, así lo aborden tan sólo una decena de piratas, me apartaré como perro apaleado. Y aseguraré mi cacharro. Bien, hablemos de negocios.

El gesto de Leila Market no pasó inadvertido al que hablaba.

—Con su hermano es otra cosa, Leila Market. Él es un hombre como yo, y no tiene voz de mando, que es tolerable en los de mi sexo.

—¡Lo dije! —chilló de pronto Vera Drums—. No quisiste creerme, Patsy. Este hombre es un pirata. Sus chinos son piratas… ¡Estamos presas!

—¿Sabe usted nadar, estrella? —inquirió Maloney suavemente—. Se lo pregunto porque si abre de nuevo el piquito la echo de cabeza al agua. ¡Ea! ¡Usted y Leila Market me causan el mismo efecto que un chirrido de uñas contra un cristal!

—Excúselas, *mister* Maloney —intervino Market—. Están lógicamente muy nerviosas después de lo sucedido…

—También lo podría estar, por la misma razón, *miss* Brend, y sin embargo ella se comporta juiciosamente… coco una muchacha estupenda. Lo que ocurre es que su hermana de usted y *miss* Drums tienen muchos humos. En fin, no nos extraviemos. Volvamos a lo nuestro. Cuando lleguemos a Shangai, usted, Market, valoriza lo que he perdido, por inventario escrupuloso que yo haré.

—Es lo menos que le debo, *mister* Maloney. Usted nos salvó…

—A mi bordo tenía yo todo el material para instalar la destilería que me proponía montar en la isla de Pettigrew. Alguna que otra arma, provisiones… El cacharro… Unos diez mil dolares.

—Le devolveré esa cantidad que ha sacrificado usted al acudir en nuestro auxilio, así como también la cantidad que usted fije por los trastornos causados y el retraso en su negocio.

Rió Maloney de nuevo, recuperado su habitual buen humor.

—Bien, *mister* Market. Yo no soy un hombre de Wall Street. El retraso en llegar a Pettigrew no me supone pérdida. Tan sólo un mes, mientras me agencio otro cacharro y lo aprovisiono.

—Este mes de forzosa inactividad, *mister* Maloney, supone una buena cantidad. Espero que no se ofenda si al llegar a Shangai le firmo un cheque que le compense debidamente.

—¡Hombre! Presentado así… me dejo querer —dijo sonriendo Maloney.

Miró a Vera Drums, que lo observaba rencorosa.

—Ahora puede ya hablar, hermana. Somos americanos, y cuando se han acabado las charlas negociales, las mujeres tienen derecho al uso de la palabra. No se preocupe por el agua que nos rodea. Tiene libre disposición de

la palabra.

Vera Drums, al hablar dirigióse a John Market.

—¿Cómo puedes ser tan ciego que no adivinas que este bandido se burla de ti, John? No nos lleva a Shangai. Nos lleva a su antro, para exigir rescate…

—¡Cáscaras! —rió Maloney—. Esta estrella está deseosa de que la rapten; pero ¡nueces! ¡Que la rapte otro! Yo renuncio a tal catástrofe.

La sonrisa de Patsy Brend, aunque trató de disimularla con la mano, aumentó la hilaridad satisfecha de Ross Maloney, al contemplar los evidentes esfuerzos de Vera Drums para dominarse.

—Insisto en que es un pirata, John. Mírale… El fusil ametrallador… La forma como mató a los otros piratas… Su ópalo en la oreja… Sus modales groseros… Su habla despreciable y vulgarísima… Le llaman el capitán Pantera… Y esos chinos son piratas, ¿no lo ves?

—Sus amigos no ven visiones, porque se atienen a la realidad, *miss* Drums. Ahora me toca a mí hablar. No quiero presumir de ser un muchacho que planta violetas y toca el violín. Soy quien soy, y me encuentro muy a gusto conmigo mismo. Llevo este «escupe-fuegos» porque para andar por los contornos habrán podido apreciar que no se pueden emplear guantes de cabritilla y bastón de puño de marfil. Maté a unos piratas en lucha abierta. Era la piel de ellos o mi pellejo, y es natural que yo le tenga mucho cariño a mis carnecitas. El ópalo que llevo en la oreja es un capricho. ¿No se cuelgan ustedes bolitas caras del cuello? Mis modales son poco refinados. De acuerdo. Nací en una granja de Kansas y me pasé la mocedad ordeñando vacas y segando alfalfa. Hablo como me apetece, porque no fui a la Universidad, y apenas sé leer y escribir. Estos chinos que le han salvado su linda escultura, *miss* Drums, eran piratas hasta que yo los convertí en mercaderes. Me llaman el capitán Pantera y otras sandeces por el estilo porque es propio de los amarillos el endilgar apodos a diestro y siniestro. He dicho.

Inclinóse Maloney y habló en chino a Tian, que miró unos instantes a Vera Drums. Replicó en chino, y el joven pelirrojo estalló en alegres carcajadas dándose palmadas en los muslos.

—¿Ve usted, *miss* Drums? Una prueba de que los amarillos tienen rápida inventiva para colocar apodos es que ya tiene usted el suyo. ¿Le interesa saberlo?

Vera Drums encogióse desdeñosa de hombros. Abarcó con amplio ademán majestuoso el horizonte de mar y cielo por el que iban avanzando las cuatro lanchas.

—No creo que la situación permita insolentes y estúpidas chanzas.

—No hay fotógrafos a la vista, *miss* Drums —rió Maloney—. Puede guardarse los gestos de ópera para más tarde, cuando pise tierra. Bien, si alguien más quiere desfogarse conmigo, ¡duro y a la cabeza! Yo ya estoy satisfecho con la promesa de *mister* Market. Puedo pues tolerar que repiquen las campanas.

—¡Yo confío en usted, «Ginger»! Desde el primer momento, porque es

usted bueno y como me gustan a mí los hombres: llano y sin afectaciones.

—¡Chóquela! —dijo Maloney entusiasmado tendiendo su diestra, en cuya palma abierta desapareció la mano de Patsy Brend.

—Emocionante… —dijo Vera Drums despreciativa.

—Calla, Vera. Te lo ruego —dijo John Market—. No seas ofensiva para quien es tu salvador…

—No la atosigue, *mister* Market —intervino Maloney soltando a regañadientes la fresca mano de Patsy Brend—. Le juro que si a bordo del yate hubiese estado a solas *miss* Drums… allí seguiría. Es curioso, *miss* Drums: es usted hermosa, pero me hace el efecto de un témpano de nieve, insensible a todo sentimiento humano… En fin, dejemos las peleas. ¿Tiene algo que decirme, *miss* Market? Hable sin ambages. Un poco más o un poco menos ya no me importa. ¿Qué soy yo para usted?

—Antes… me equivoqué. Lo reconozco. No es usted quien me suponía. Admita… admita mis excusas.

—¡Cáscaras! Adivino por la sonrisa de su hermano y por la expresión de sus ojos, que el haberme pedido excusas ha sido un gesto heroico por su parte, *miss* Market. Gracias de todos modos. Si alguien debe excusarse soy yo, porque me comporté groseramente. Perdóneme… ¡Y viva la cordialidad!

Retrepóse hacia atrás, extendiendo las largas piernas.

—Eso de cordialidad, es algo que usted ignora, *miss* Drums. Debería aprenderlo… y entonces sería doblemente bella. Bueno, por mí se acabó la audiencia. Estoy cansado y voy a descabezar un sueñecito.

Echóse la gorra sobre los ojos, y apoyando la cabeza en las rodillas de Tian empezó a respirar acompasadamente… Poco después roncaba apaciblemente.

—Dame un cigarrillo, John —pidió Vera Drums.

Rebuscóse el multimillonario por los bolsillos.

—Lo siento, Vera. Perdí la pitillera y tendremos que esperar a que estemos en el hotel en Shangai.

Dió la estrella un taconazo impaciente.

—¡Tu invitación ha sido genial, John! Un crucero de placer…

—No seas así —reprochó gentilmente Patsy Brend—. Piensa en los pobres marinos y en la servidumbre del «Safo»… muertos. Nosotros hemos salvado la vida, gracias a *mister* Maloney.

—No es preciso que insistas, Patsy —dijo con sonrisa irónica Vera Drums—. Ya me he dado cuenta de que ese pelirrojo roncador te ha causado una impresión favorabilísima.

Patsy Brend sabía aún enrojecer naturalmente. Iba a replicar, pero fué Leila Market la que habló:

—Es extraño, pero tengo que confesar que me atrae ese hombre. Adivino en él un temple extraordinario. Un hombre que no gusta de las mujeres, y que no les rinde acatamiento. Un buen fondo con un exterior rudo, pero atractivo. Es guapo… Y sus músculos son de hierro. Parece flaco y debe tener la fuerza

de un búfalo.

Vera Drums rió con agudo diapasón.

—¿La bella y la bestia? Eres demasiado culta, Leila. Tienes tendencias de «snob»…

—Yo no te quiero ofender, Vera —atajó Patsy con belicosa expresión—, pero ya sabes que si me callo algo me encuentro a disgusto. A ti te molesta *mister* Maloney porque… ¡porque no te hace caso!

—Mujeres… delicioso problema —rió Market de buen humor—. Acabáis de atravesar por entre horribles tragedias y discutís tonterías… Pero esta es una de vuestras ventajas. Olvidáis con facilidad… Yo tardaré en borrar de mi memoria el recuerdo de esos dos últimos días.

El viejo Tian semejaba una estatua pergaminosa. Por entre sus labios susurraba una cantinela… como si quisiera mecer el sueño del hombre que había sabido llamarle «temible luchador que unía la astucia a la experiencia»…

—¿Qué murmura ese viejo? —inquirió Vera Drums.

—¡Tú callar! —gruñó el viejo pirata, con mueca siniestra—. ¡Vosotros todos callar! Mi jefe dormir… y él ser el «dios blanco de cabellos de llama» ante quien deber vosotros posternarse. ¡Callar!

—Mejor será hacerle caso —sonrió Patsy Brend.

El viejo Tian siguió cantando en voz baja su cadenciosa melopea, y los sonoros ronquidos de Ross Maloney iban aumentando en diapasón.

Las cuatro lanchas bogaban vigorosamente, avanzando por el mar en calma…

CAPÍTULO VII

ROBINSONES…

A media tarde, Ross Maloney barbotó palabras ininteligibles, secóse con el dorso de la mano y, desperezándose, echóse hacia atrás la gorra, sentándose.

Movió el cuerpo con torsiones laterales.

—Tus rodillas, abuelo, y este banco darían agujetas a un perro de porcelana. ¡Cáscaras! ¿Por qué no me advertiste?

Las lanchas habíanse distanciado entre sí, porque a la calma del mediodía había sucedido un mar oleaginoso de anchas olas turbias… El cielo encapotado iba descendiendo en nubes negruzcas…

Olfateó Maloney el aire… Mojóse un dedo exponiéndolo erecto.

—Sopla de oeste…

Levantóse y haciéndose portavoz con las dos manos, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Ling! ¿Cuánto tiempo queda para tocar costa?

El rechoncho luchador, en pie, desde la lancha que iba en cabeza gritó:

—Al amanecer… Shangai… Monzón, capitán Pantera.

—¡Eso nos faltaba! —rezongó Maloney sentándose.

Los cuatro pasajeros miráronse entre sí, y John Market preguntó:

—¿Tormenta, *mister* Maloney?

—Puede pasar de largo… No entiendo gran cosa de este mar. Pero los monzones soplan duro… ¡Ea! Ya asomó el compadre viento…

Había sido un silbido repentino. Un silbido que rizó las olas e hizo temblar de frío a las tres mujeres, poco cubiertas con sus sedosos ropajes.

—¡Condenado viento! —musitó Maloney, con visible temor. Miraba al cielo y al horizonte en alternativas e inútiles búsquedas de sol o de una nave.

El cielo iba aumentando rápidamente en negrura, y las olas abultábanse sin revelar en toda la lejanía la menor presencia de barco en paso.

De pronto pareció que la noche se abatía anticipada y pavorosamente. Un estruendo lejano fué aumentando en sonora intensidad… Las olas balanceaban la lancha, y salpicaron a los que en ellas iban…

—¡Empezó la danza! —advirtió Maloney—. Tiéndanse en el fondo de la lancha. Hágalas obedecer, Market. No está la cosa para remilgos. Una ola puede barrerlos…

El mar súbitamente encrespado hundióse en simas profundas y en alturas abismales. Un paquete de agua azotó la lancha anegándola. Emergió la barca, y los remos quedaron agitándose en el aire.

El monzón soplaba con furia y la negrura impidió verse entre sí a los ocupantes de la lancha, que giró vertiginosamente, zarandeada brutalmente por el oleaje y el viento.

—¡Agárrense donde puedan y con todas sus fuerzas! —clamó Maloney varias veces.

Él y Tian sujetáronse al remate de proa. Las olas maltrataban la embarcación, haciéndola crujir y lanzándola en todas direcciones. Los remos eran ya inservibles.

Tan pronto bajaba como en montaña rusa repentina, como ascendía inverosímilmente por abruptas laderas líquidas.

Sólo se oía el clamor del viento desencadenado y el latigazo de las olas al coger de través la lancha.

Tian, sujetándose con una mano, hundía su yatagán en el agua. Según la superstición marinera, el monzón no les devoraría si un acero victorioso estaba en contacto con el mar…

La cercanía de la muerte era palpable. Si alguien gemía, no podía ser oído, porque los elementos reinaban.

Una densa oscuridad aumentaba aun más la sensación de peligro inminente, y las tinieblas impedían distinguir ningún contorno. Mar, noche y cielo parecían reunidos en fraterno abrazo.

Horas y horas la lancha derivó, tan pronto en la cúspide de largas olas

como hundiéndose para siempre, al parecer…

Empapados, castañeteantes los dientes por el frío reinante, los ocupantes de la lancha sólo tenían una preocupación: sujetarse ávidamente a la madera, esperando de un momento a otro el definitivo golpetazo que triturando la resistente embarcación, la devorase con su carga humana.

Los silbidos fueron decreciendo. El vaivén espantoso disminuyó. Se divisaron varios puntos luminosos, allá, en algún sitio del mar, de la noche o del cielo…

Estrellas… Las nubes llevaban a otra parte el furioso monzón…

Aumentaron los guiños luminosos, y por fin emergió redonda y bonachona la faz de la luna.

El mar recuperó cierta estabilidad, y de pronto un violento crujido inmovilizó la lancha como si acabara de ser empotrada en un gigantesco tenedor…

Los ocupantes de la embarcación cayeron amontonados, unos encima de otros. La lancha acababa de estrellarse de proa contra un escollo a flor de agua.

La luna permitió apreciar los cercanos contornos de un islote del que era avanzadilla el escollo contra el que la lancha habíase desfondado.

El agua rumorosa y con borbotones espumosos inundó el fondo de la embarcación.

—¡Salten a tierra! ¡Esto se hunde!

El aviso de Maloney fué rápidamente interpretado. John Market y su hermana lanzáronse al agua.

La lancha iba hundiéndose…

—¡Al agua, estrella! —gritó Maloney.

Vera Drums gimió desesperada:

—No sé nadar… No puedo nadar…

Patsy Brend, al ver que Maloney cogía en abrazo a su amiga, quedóse tranquilizada y entró en el agua, nadando hacia el islote, que distaba apenas una veintena de metros.

Los piratas abandonaron la lancha, que estaba ya rozando con su borda el nivel del agua

Vera Drums, tendida de espaldas encima del cuerpo de Ross Maloney, y sostenida por el cuello con el doblado antebrazo del marino, gemía temblorosa, a efectos del miedo y la frialdad del líquido.

En la arena, ocho piratas, el viejo Tian, los hermanos Market y Patsy Brend temblaban de frío, mientras Ross Maloney, sacudiéndose como un perro mojado, examinaba el islote… y Vera Drums dejábase caer al suelo, sollozando.

El islote era un círculo de arenas rodeando rocas. Un círculo cuyo perímetro contaría apenas cien metros de diámetro. Otro anillo exterior en el mar, formaba un cinturón de escollos a flor de agua.

Ross Maloney, seguido de Tian y los ocho piratas, recorrió a paso

acelerado el islote roquizo en toda su extensión. El ejercicio sirvió para atenuar los efectos del frío.

—Un pedrusco perdido en el Océano —dijo Maloney al regresar junto adonde Market y las tres mujeres aguardaban en la arena.

—Pero… pero ¡pasarán barcos! —exclamó Market.

—Es posible. Lo cierto es que las otras tres lanchas nos han perdido de vista. Y en ellas iba Ling, el piloto, que conoce estos mares. Yo, no. Pero me temo que esta roca sea una de las tantas perdidas en esta latitud, y que nunca son visitadas por barco alguno…

Vera Drums redobló en sus sollozos, sostenida por Patsy Brend. Leila Market abrazóse a su hermano.

La noche iba ahuyentándose perseguida por el lívido amanecer. Y el sol brotó de pronto radiante, incendiando el horizonte.

Desde el islote, por donde toda la vista abarcaba sólo veíanse diseminadas algunas rocas flotantes, idénticas a la que había hecho encallar la lancha de los catorce náufragos.

En los primeros instantes, todos, instintivamente, entibiaron sus ateridos cuerpos exponiendo sus miembros a la caricia de los rayos de sol.

Los ocho piratas tendiéronse en la arena, mientras Tian quedóse en pie a espaldas de Ross Maloney, sentado en una pequeña roca.

Los hermanos Market y las dos estrellas rodearon al joven pelirrojo, y por fin expresó el multimillonario la idea que germinaba en las otras mentes.

—Es imposible, *mister* Maloney, que seamos náufragos expuestos a peligro. Usted mismo aseguró que la costa asiática distaba pocas millas.

—Con la tormenta podemos habernos apartado unas millas, pero sigo afirmando que Shangai estará escasamente a unas veinte millas.

—Entonces no hay peligro alguno —intervino Leila Market—. Somos tan robinsones como si estuviéramos en la isla de Santa Catalina, allá en California.

—Yo no quiero dorar píldoras, *miss* Market. Prefiero guardar silencio, porque si hablase, cuanto dijese les alarmaría.

—¡Es su obligación hablar! —estalló Vera Drums—. Usted es el hombre que se comprometió a salvarnos…

—Yo no me comprometí a nada, *miss* Drums. Ni soy capitán del yate, ni he tomado ninguna jefatura.

—Pero veamos, *mister* Maloney —atajó Market sonriendo—. ¿No pretenderá hacernos creer que corremos peligro? Estamos a salvo en este islote y pronto pasará un navío…

Ross Maloney señaló con ademán circular el horizonte.

—Estas rocas y sus escollos son cuidadosamente evitados por los que navegan. Nunca barco alguno toca en ellas, porque están deshabitadas y no ofrecen vegetación alguna ni agua potable, ni sirven de escala dada la proximidad de la costa…

—¡Haga algo! —chilló Vera Drums—. No pretenda asustarnos…

—Le ruego, *mister* Maloney, que exponga con claridad cuál es la situación, a su modo de ver.

—Esta piedra es una de tantas perdidas en un vasto círculo pedregoso que los navegantes rehúyen. Están por entero deshabitadas y no hay en ellas agua ni alimentos.

—¡Pudo usted preverlo cuando abandonamos el yate! ¿Qué clase de marino es usted que no pensó en recoger conservas y bebidas?

Ross Maloney contempló ceñudo a la que hablaba.

—Dos razones fueron las que me impidieron preocuparme de recoger nada de a bordo.

—¡Nos obligó a embarcar a toda prisa! No pude tan siquiera recoger mis joyas y mi equipaje.

—Sus joyas y su ropa nos servirían de mucho aquí. Con las joyas iríamos a la tienda de la esquina a que nos dieran jamones. Si les induje a abandonar a toda prisa el yate, fué porque el polvorín de mi velero estaba recalentándose. Además ya lo vieron ustedes con sus propios ojos. Si hubiésemos tardado tan sólo unos minutos más, habríamos saltado hacia el cielo en trocitos…

—¡Pero es ridículo pensar que aquí… aquí podemos pasar hambre y sed, estando tan próxima la tierra civilizada!

—Pues así será, *miss* Drums.

—Veamos, *mister* Maloney —expuso Market conciliador—. Yo no puedo admitir la idea de que usted, dinámico y trepidante, se conforme con resignarse a perecer en este islote…

—Sugiera una posibilidad de evitar tal epílogo.

—Yo veo dos procedimientos fáciles. ¿No dice usted, *mister* Maloney, que esta roca está fuera del alcance visual de los barcos que pasan, por ser una de las centrales de este archipiélago?

—Sí. No nos pueden ver. Igualmente como nosotros sólo vemos un horizonte de escollos, los navegantes que por allá anden no perciben otra cosa que estos mismos escollos que nos rodean.

—Si la distancia a Shangai es corta… un buen nadador…

—No.

—Entonces hay otra alternativa para la que no se requiere un gran esfuerzo. Un nadador mediano puede ir de piedra en piedra hasta llegar al círculo exterior desde el que haciendo señales podría ser visible desde algún barco. ¿Es o no es razonable esto?

—No.

Las dos réplicas lacónicas exasperaron a Leila Market.

—¡No sea terco! Parece como si tuviera empeño en que echásemos raíces aquí. Lo que acaba de decir mi hermano es sensatísimo. Es más, con ello estamos salvados…

—No —repitió por tercera vez Maloney.

Con la mano indicó el mar.

—El inconveniente principal es que estas aguas están habitadas por seres

que no sólo no nos son de utilidad, sino que impiden cualquier intento de llevar a cabo lo que sugiere *mister* Market.

Los cuatro pasajeros del «Safo» miraron hacia el lugar señalado. Entre los escollos a flor de agua, parecía como si algo hirviera.

—Tiburones —dijo lacónicamente Ross Maloney.

Cortando el agua como cuchillos afilados, veíanse las aletas de los escualos…

—Han olido a carne humana y acuden… Cercarán el islote y ya no lo abandonarán.

Tembló Leila Market, y en voz casi inaudible murmuró:

—Tuvimos suerte esta noche…

—Ellos no estaban en horas de labor —dijo Maloney con amarga sonrisa —. Pero casi hubiera sido mejor que nos hubiesen triturado…

—¡No hable con esa pasividad exasperante! —gritó Vera Drums.

—¡Cierre la boca, condenada sea! ¿O es que supone que yo estoy aquí a gusto y tomándome unas vacaciones? La suerte que ustedes corran es también la que a mí me espera. Ahora bendicen este sol que les calienta los cuerpos… Dentro de dos horas lo maldecirán, buscando en vano dónde protegerse de sus rayos que se les antojarán dardos infernales. Sus gargantas resecas anhelarán agua. Y oirán el lameteo de las olas hablando de mucha agua, agua por todas partes, agua que no puede beberse. Luego vendrá la noche y el frío nos impedirá dormir, y sentiremos en el estómago mordeduras de hambre… Y así varios días, sufriendo las alternativas sucesivas de hambre, sed, frío, calor, desesperación.

Vera Drums cubrióse el rostro con las manos, y cayó sobre la arena, en desmadejada postura de abandono total.

—Siento haber sido rudamente explícito… pero esa es la verdad. No hay razón para que les mienta.

—Pero ¿y ellos? —preguntó Market indicando a los piratas que tendidos en la arena, dormían pacíficamente—. Si saben la suerte que les espera, ¿por qué están tan indiferentes?

—Comprendo que usted sienta incredulidad, *mister* Market. Le parece imposible que a tan escasa distancia de sitios civilizados se pueda morir de sed y hambre. Hay en este océano miles de islas. Hemos ido a caer en las únicas que hacen posible de nuevo la existencia de Robinsones, pero con una gran diferencia. Robinsón Crusoe encontró alimentos, vegetación, ganado… Tenía los restos de su embarcación… Pudo sobrevivir. Nosotros, no.

—Insisto en repetirle la pregunta que mi hermano ha hecho y que usted ha dejado sin contestar. ¿Por qué si tan desesperada es la situación, sus hombres no manifiestan el menor temor?

—Por varias razones. Primero, son brutos insensibles que no se toman la imbécil molestia de pensar. Ellos dicen que yo pienso por ellos. Suponen que siempre les sacaré yo a flote. Y segundo: si no creyeran en que yo poseo dotes sobrenaturales, si supieran cuál es la realidad de este momento, se

abandonarían igualmente a una pasiva actitud, porque el temperamento chino tiene bastante similitud con el árabe en su aceptación fatalista de los hechos.

John Market arrugó la frente en un esfuerzo meditativo.

—Aseguró usted que ellos son brutos insensibles, *mister* Maloney. Y todos le obedecen ciegamente, ¿no es así?

—Sí.

—Reconoció usted que ni es capitán de yate, ni ha tomado el mando de este grupo, ¿no es así?

—Eso es. ¿A dónde quiere ir a parar con sus preguntas?

—A un hecho positivo. Usted a bordo de la lancha, con motivo de cierto incidente entre usted y *miss* Drums, dijo que el derecho de todo ciudadano americano es votar libremente a favor de su opinión.

—Exacto. ¿Y qué vamos a votar aquí? La apertura de un balneario?

John Market señaló hacia donde los escualos rasgaban el agua con estelas que fingían encajes en la azulada superficie líquida…

—Por la noche, un nadador silencioso puede intentar alejarse de esta roca y alcanzar otra. Y así sucesivamente, hasta llegar antes del amanecer a una isla exterior desde la que llamar la atención de los barcos en navegación. Diseminando los ocho hombres en ocho direcciones opuestas hacia…

—Los tiburones están de centinelas…

—Pero alguno de sus hombres llegará salvo.

—¡Son brutos cuya vida no tiene valor! —gritó Vera Drums—. ¡Son amarillos!

—Cien Veras Drums son para mí más inútiles que uno solo de estos amarillos —dijo secamente Ross Maloney.

La estrella, uñas en ristre, abalanzabase hacia el pelirrojo, pero Patsy Brend suave, pero firmemente la atajó, enlazándola por la cintura.

—No perdamos los nervios, Vera —dijo afectuosamente—. De nada nos servirá el que arañes a *mister* Maloney.

—Eso digo yo —aprobó Maloney.

—No nos apartemos de la cuestión en litigio —dijo Market—. Sostengo que vista la suerte que usted afirma que nos espera, la única solución posible es que usted ordene a sus hombres que esta noche, y partiendo en direcciones opuestas alcancen el círculo exterior de este archipiélago. Ellos le obedecerán.

—Pero yo no pienso dar esta orden.

—Para eso le pregunté si se consideraba usted capitán de nuestro grupo. Declinó usted tal responsabilidad. Por lo tanto, tenemos que someter a voto esta cuestión. Somos cinco seres blancos. El voto de la mayoría decidirá.

—¿Quién me obligará a mí a ordenar lo que no quiero?

—¡Nuestras cuatro vidas! —exclamó Market—. ¡La vida de tres mujeres y la mía propia están en juego! Depende de usted… y del resultado de la votación.

Encogióse de hombros Maloney murmurando:

—Mi voto en contra de que mis hombres sirvan de carnaza para

tiburones.

—¡Yo voto a favor de tu propuesta, John! —gritó Vera Drums.

—¿Quién lo podría haber dudado? —comentó Maloney.

—Tampoco pudo dudar de que yo votase por la salida al anochecer de sus hombres —dijo Market secamente.

Ross Maloney miró a Leila Market y a Patsy Brend.

—Hasta ahora hay dos votos en favor y uno en contra —dijo—. Ustedes dos deciden. Hable usted, Patsy.

Leila Market examinó a la estrella que inclinando la cabeza murmuró:

—Voto a favor de lo propuesto por *mister* Market.

—¡Cáscaras!… En fin, siempre se aprende algo nuevo… Creí que iba usted a votar conmigo, *miss* Brend. Bueno, ya no es preciso seguir la ridícula votación.

—Entonces… ¡ordene a sus hombres lo que deben hacer!

Ross Maloney se puso lentamente de pie, desperezándose. Rascóse los enmarañados cabellos…

—En el naufragio perdí la gorra, y me deslastré de mi fusil ametrallador, porque ya era suficiente peso la pesadísima y esbelta *miss* Drums. Pero el sol ha secado ya la pólvora… ¡Y ésta es la que manda!

Con rápido movimiento extrajo los dos *Colt* de su cinturón-canana, haciendo rodar entre sus dedos y alrededor de su índice el guardagatillos.

—Es un ejercicio que me divertía en hacer ante el espejo de mi camarote, recordando las hazañas de nuestros abuelos en sus luchas con los indios… ¡Voto porque todos nos estemos aquí!

Rió en brutal carcajada burlona.

—¿Y ahora qué, amiguitas y compadre Market? Consideren calmosamente la situación. Ustedes quieren que mis hombres sean pasto de tiburones. ¿Han visto de cerca las sierras dentadas que poseen estos animalitos? Las tienen por adorno y para hacer más sabrosa la carne que se disponen a masticar, porque al verles los colmillos se les pone la carne de gallina a los nadadores…

—Usted no pretende imponerse por la violencia, ¿verdad, *mister* Maloney? —inquirió adustamente John Market.

—¿Quién puede impedirlo? Tiene razón en un punto: mis hombres me obedecen ciegamente. Puedo, para evitarles agonías, hacerles servir de comida a los tiburones, ordenando que sean ustedes cuatro arrojados al agua… ¿Usted qué iba a votar, *miss* Leila Market?

Valientemente ella irguió la cabeza:

—Sus modales de pistolero matón no me imponen miedo, capitán Pantera. Yo iba a votar como es natural apoyando la propuesta de mi hermano.

Sonrió Maloney, y encañonando con sus dos *Colt* a Patsy Brend, preguntó:

—¿Usted por qué votó en contra mía? La hacía más sensible, más

generosa… ¡Al diablo con todos ustedes!

Inesperadamente asió las dos pistolas por el cañón y las lanzó con todas sus fuerzas hacia el mar. Las dos armas hundiéronse entre revoloteo de aletas y un bullir de aguas…

Los tiburones esperaban comida…

Despojóse Maloney de su cinto-canana que también arrojó al mar.

—Se han salido con la suya, amigos. Esta noche mis hombres se echarán al agua.

—Gracias, *mister* Maloney —dijo Market—. Era nuestra única posibilidad de salvación. Usted lo reconocerá cuando ellos se hayan marchado y nos venga el socorro.

—Yo tendré el placer de perderles de vista, amigos. ¡Porque si mando en hombres, es porque siempre voy al frente de ellos!

—Pero… ¿no pensará usted…? —e interrumpiose bruscamente el multimillonario.

—Iba usted a decir que yo no soy un amarillo, y que mi carne de blanco es un manjar que no debo ofrecer a los tiburones. Usted, *mister* Market, manda en muchos hombres porque dispone de dinero. Mi dinero es mi pellejo, y por él mando en estos amarillos. *Abur*.

Alejóse a largas zancadas Maloney seguido por el impasible Tian. Fué despertando a sus piratas tocándoles con la punta del pie.

En hilera, ellos le escucharon mientras en chino les explicaba:

—Hemos tenido la mala suerte de meternos en esta roca sin agua ni posibilidad de aguantar. Tenemos que buscar escapatoria. Sólo hay salvación yendo a nado hacia las rocas del exterior de este gran anillo. Saldremos esta noche, cada uno en una dirección distinta. Preparad los cuchillos, porque podrán servir en el agua, si algún pececillo nos quiere acompañar. Yo nadaré hacia el norte. Tú, hacia el noroeste… —a medida que señalaba los puntos cardinales con una mano, iba con la otra tocando en el pecho al elegido—. Ahora, a dormir de nuevo y acumular energías. Al caer la noche nos pondremos en remojo.

Los hombres volvieron a tenderse y Maloney se alejó unos pasos en dirección opuesta a los cuatro pasajeros del «Safo».

Tian levantó una mano inclinándose en rápida reverencia.

—Habla, abuelo —dijo cansinamente Maloney.

—Tú te olvidaste de mí, capitán Pantera. Señalaste a todos camino por el agua, menos a mí.

—Tú debes quedarte vigilando a los blancos, abuelo Tian.

—Yo no gusto de los blancos.

—Yo lo soy, mono arrugado.

—Tú eres tú. Yo quiero me ordenes camino a seguir en el agua. No querer quedarme con esos que te hablan sin respeto.

—Ellos son de mi raza, y en mi tierra nos tratamos sin ceremonias, abuelo Tian. Déjame dormir. Estoy cansado.

—Tú no ser como siempre. Ahora escapas a mi deseo de que me ordenes.

—¡Cáscaras! ¡Viejo carcamal! El que está ordenando eres tú. Bueno, ¿qué quieres?

—Ir contigo. Yo sé luchar contra los tiburones. Los otros macacos también.

—Bien. Déjame dormir. Irás conmigo.

Tian levantó una mano, sonriente el rostro, inclinándose en varias reverencias.

—¿Puedo saber que ser viejo carcamal?

—Es un elogio blanco. Significa hombre curtido en toda lucha.

—Gracias, capitán Pantera. Tú saber reconocer mis grandes méritos.

Ross Maloney tendióse sobre la arena, boca abajo, apoyando la mandíbula en sus antebrazos cruzados.

Oyó unos pasos que hacían crujir la arena, pero no se movió.

—¡No quiero que usted se vaya, «Ginger»!

—Déjeme en paz, hermana. Usted es una traidora —dijo Maloney con la expresión de un niño a quien su compañera de juegos ha delatado al maestro —. Se puso de parte de los otros… Nunca esperé eso… Ahueque y váyase con sus amigos.

—Lo hice así… porque no había más remedio. Yo decía íntimamente que no. Todo mi cuerpo y toda mi alma estaban con usted, «Ginger». Pero… ellos le habrían interpretado como fácil manera de ganarme su simpatía, «Ginger»… Porque sabían, como yo sabía, que Leila, razonablemente, votaría con ellos, y por tanto era igual que yo dijera que sí como que no. Por eso dije que sí…

Tendióse ella junto al marino, adoptando su misma postura. Sus negros cabellos sedosos y rizados por el agua al secarse al sol, rozaron la bronceada mejilla de Maloney y el ópalo incrustado en el lóbulo…

—¡Se lo juro, «Ginger»! ¡Créame… o lloraré!

Ross Maloney ladeó la cabeza y su mejilla se frotó contra la satinada piel de la estrella.

—Ya sabía yo que usted no podía traicionarme… Porque ¡vaya! usted no se merece ser mujer, ¡cáscaras!

Ella quedóse sonriendo, adherida su mejilla a la del pelirrojo.

—Supongo que esto es un elogio, ¿no, «Ginger»?

—A mi modo, sí. Escuche, manzanita. Podemos hablar claro. No fío de mujer alguna y por eso llevo este ópalo para recordármelo a mí mismo continuamente. Pero en usted quizá confiaría, porque tiene usted una mirada honesta, recta, de viril feminidad… si es que esto es posible. No sé explicarme, dulzura. Soy torpe en palabras… pero si hay mujer que me inspire ideas de hogar, esa es usted. La veo con un delantal a cuadros, una blusita esponjosa, una falda gris… y llevándome una bandeja con el desayuno… Y corretean chavales de pelo rojo… Bueno, eso es desvariar. Me callo.

—No… —suplicó ella—. Siga hablando, «Ginger»… —y su voz se

quebró—. Siga desvariando, muchacho. Le… ¡te tengo cariño!

—Y yo… Por suerte esta noche se acabará esto. Sería para mí mucha agonía verte morir, muchacha.

—Es que yo… sé nadar, «Ginger»… Y yo me iré contigo.

—¡Narices! —y sentóse el marino. Ella le imitó, apoyando su cabeza en el ancho hombro, y el brazo de Maloney pasó a enlazar la prieta y esbelta cintura—. Tú te quedarás… eso te lo prometo, porque antes de salir te haré amarrar, manzanita. Y… así, pensando en ti, quizás atraviese los escollos con menos miedo… Porque esos bichos no me hacen gracia alguna… He maldecido el yate… pero en fin, te he conocido, aunque tarde… ¿De qué región eres, Patsy?

—De Kentucky. Mi padre tenía un estanco, pero yo ayudaba a mi madre a sembrar un pequeño huerto y limpiar los corrales. Íbamos viviendo hasta que, cuando ellos se fueron para siempre, yo ya no pude resistir el quedarme sola allí, en el pueblo donde había sido tan feliz. Me fui a la ciudad. Sabía cantar y entré de corista en una compañía teatral de revistas que viajaba por el continente. Pasé a San Francisco, y allí un agente me contrató. Hoy soy una estrella. Gano dinero, soy famosa… y añoro mi gallinero y el pequeño huerto.

Él la enlazó con más fuerza, y de nuevo como un inexperto potro, rozó con brusquedad sus labios contra la mejilla femenina.

Patsy Brend murmuró:

—Ellos son todos iguales. Egoístas,, falsos… Tú eres distinto. Tú eres un hombre sano, sin complicaciones cerebrales…

Giró ella lentamente la cabeza, ofreciendo sus labios entreabiertos. Ross Maloney nunca había besado en los labios de una mujer… Inclinóse con lentitud… y antes de que su boca entrara en contacto con la de Patsy Brend,. un alarido estentóreo resonó.

Saltó en pie Maloney…

Tres lanchas cargadas de piratas aproximábanse al islote…

En una de ellas, el gordo Ling, agitaba todos sus músculos en saltos de alborozo…

En la playa, los ocho piratas le imitaban en saltos desenfrenados, estallando en alaridos de alegría salvaje…

John Market, su hermana y Vera. Drums se acercaron corriendo:

—¡Salvados! —gritaban al unísono, perdida toda reserva mundana.

Ling supo sortear hábilmente los escollos, tanteando el agua con la hoja de su yatagán. De vez en cuando asestaba un tajo a algún escualo más audaz que los otros.

Las tres lanchas quedaron inmóviles sujetas por las manos ávidas de los que estaban en tierra. Ling saltó y vino a posternarse ante Ross Maloney.

—Yo… calculé el viento… y su empuje… he estado rondando los islotes… Tardé porque hay escollos…

—¡Y muchos tiburones! —gritó Maloney riendo a carcajadas alegres.

Miró el cielo azul y el mar encalmado.

—¿Hay monzón a la vista, Ling?

—¡Oh, no, capitán Pantera! Calma, mucha calma…

—Pues ¡a remar todos como bestias locas! ¡Hay que llegar a Shangai batiendo todos los records!

Señaló Maloney una de las lanchas menos cargada.

—Ahí, señores pasajeros del «Safo», suban a bordo, por favor.

Su reverencia era irónica, mientras Market, su hermana y Vera Drums ocupaban la lancha señalada.

El saltó en otra, y detuvo a Patsy Brend cuando se disponía a entrar en la que él había elegido.

—No, manzanita. Tú con ellos. Yo quiero remar… y si estuvieras cerca no podría.

Ella obedeció. Las tres lanchas pusieronse en marcha alejándose del islote donde la muerte rondaba…

Los tiburones, irritados al ver escaparse sus presas, saltaban de vez en cuando, pero los yataganes acechaban… La sangre coloreaba el azul terciopelo del mar…

Los piratas acompañaban sus impulsos de remo, cantando en chino melopeas de salvajes desinencias guturales

Rose Maloney, desnudo el torso y sentado encima de su guerrera y camisa, remaba con inusitado vigor.

Cantaba también, y fueron enmudeciendo sus piratas para oírle.

Ross Maloney, contraído el rostro en sonrisa burlona y tensos los músculos hinchados, cantaba en inglés una letra improvisada sobre el conocido compás del «Yankee Doodle»:

«Era altiva y orgullosa. ¡Una!
Era dominante y soberbia. ¡Dos!
Era calvo y sensato. ¡Tres!
Era buena y dulce. ¡Cuatro!
Era pelirrojo y vulgar. ¡Cinco!
Bailemos al compás de las olas. ¡Seis!
Shangai se acerca…
Nunca más a un yate iré…»

EPÍLOGO

Cuando las tres lanchas tocaron en el puerto de Shangai, Ross Maloney, rodeado de sus hombres, nada tenía de sonriente cuando le tendió la mano John Market.

La estrechó, pero habló con dureza:

—No me dé las gracias, *mister* Market, porque no las quiero. Llévese a

sus tres invitadas, y aquí en este mismo sitio le aguardará el viejo Tian cuando venga usted con su cheque. Él le llevará donde yo esté.

—¿No viene usted al hotel con nosotros?

—Yo tengo a mi cargo noventa hombres que no pueden entrar en el hotel. Iremos a dormir en la hierba, fuera de la ciudad, bajo las estrellas de verdad y la luna. *Abur*.

Leila Market avanzó tendiendo su diestra:

—No nos guarde rencor, *mister* Maloney.

—A nadie guardo nunca rencor, *miss* Market. Adiós.

Vera Drums avanzó con andares majestuosos.

—Fui quizás un poco dura con usted, *mister* Maloney, Excúseme.

—¡Vaya! A veces habla usted como un ser humano. Bueno, adiós.

Casi pareció huir, al volver la espalda, pero una mano le asió de la manga de su guerrera.

—¡«Ginger»! —musitó Patsy Brend—. ¿Cuándo te veré?

—Tian te llevará donde yo esté —dijo él precipitadamente—. Ahora tengo muchas cosas en que ocuparme. Adiós, Patsy.

—Hasta pronto, «Ginger».

Alejóse el pelirrojo seguido por sus hombres. Varios policías británicos rodearon a los náufragos…

El viejo Tian impasible oyó las recomendaciones de Maloney y regresó al lugar donde habían desembarcado.

***

Al día siguiente, John Market aproximóse al sitio donde Tian dormitaba sentado contra una seta de hierro.

El viejo pirata, al sentirse observado púsose en pie, y mudamente hizo con la diestra un ademán. Tras él anduvo el multimillonario, hasta que tocando con el hombro al viejo Tian, le señaló un bruñido coche negro que con el chofer al volante aguardaba fuera de los docks.

—Más cómodo —dijo Market.

Pero Tian renunció a sentarse junto al chofer, denegando vigorosamente con la cabeza.

—No gustarme carroza de ruidos. Yo ir aquí.

Quedó en pie en el estribo y fué señalando al chofer el camino hasta que el «Cadillac» se detuvo en la cuneta de una carretera al exterior de Shangai, junto a un extenso prado.

Los piratas del «Furia» estaban agrupados allí en acampamiento improvisado.

Ross Maloney avanzó hasta que junto al coche, John Market le saludó. Iba el multimillonario impecable en su atuendo de chaqueta negra de solapas ribeteadas, pantalón gris a rayas y lucientes zapatos negros. Llevaba un sombrero fieltro de corte excelente y descalzado el guante derecho.

—Me agrada verle, *mister* Maloney. He venido a invitarle. Las señoritas le esperan con impaciencia en el «Alsdorff». Una merienda, y hablaremos como buenos amigos.

Ross Maloney rió suavemente, tocando el bruñido guardabarros. Después apoyó un índice en la perla gris que el multimillonario llevaba en su corbata.

—No mezclemos las razas, *mister* Market. Yo tomando el té en el «Alsdorff» estaría tan cómodo como un chimpancé escribiendo a máquina. Agradezco su gentileza y su invitación, pero no iré.

John Market extrajo de su cartera un papel oblongo y lo tendió a Maloney.

Este silbó al leer la cifra:

—¡Cien mil dolares! ¡Cáscaras! No, lo siento. Mis servicios los he valorado en diez mil… Ya sé que usted es un ricachón generoso, pero no puedo aceptar. Me parecería estafar a alguien.

—Tenga presente que en este cheque hay un aumento debido a que mi hermana aportó cincuenta mil, *miss* Drums veinte mil, y yo solamente el resto.

,

Habló rápidamente en chino Maloney, recomendando que le esperasen sin moverse. Subió al coche del multimillonario, que extrañado íntimamente, pero guardando silencio, sentóse junto a él.

—Dígale a su chofer que vayamos a este Banco, *mister* Market.

Durante todo el trayecto, Maloney no habló.

En la taquilla del Banco Colonial contó Maloney cien billetes de a mil dolares.

—¿Puedo seguir usando su coche, *mister* Market?

—¡No faltaría más! ¿Le aguardo en el «Alsdorff»?

—Sí. Dé orden a su chofer de que me acompañe por donde le diga.

***

Una hora después, el chofer solo entregaba a los reunidos en una lujosa sala particular del «Alsdorff» cuatro cartas y cuatro paquetes.

—¿Y *mister* Maloney? —preguntó secamente Market.

—Regresó junto a… los caballeros chinos. Me dió cien dolares de propina, señor.

—Bien. Váyase.

Fué Vera Drums la primera en abrir el paquete que llevaba su nombre: un estuche conteniendo un brazalete de diamantes.

Rompió el sobre y leyó:

> «Diez mil en piedras insensibles. Los otros diez mil han ido a la caja: de Huérfanos Chinos. Gracia en nombre de ellos.
>
> *Ross Maloney*.»

El estuche de Leila Market contenía tan sólo un cheque de cincuenta mil dolares.

La nota era también breve.

> «Perdóneme la grosería, pero prefiero una sonrisa amable a dolares de mujer. Puede entregarlos a obras benéficas… porque, en realidad, no me pertenecen ya que me los dió.
>
> *Ross Maloney*.»

John Market abrió su estuche: un par de gemelos de oro.

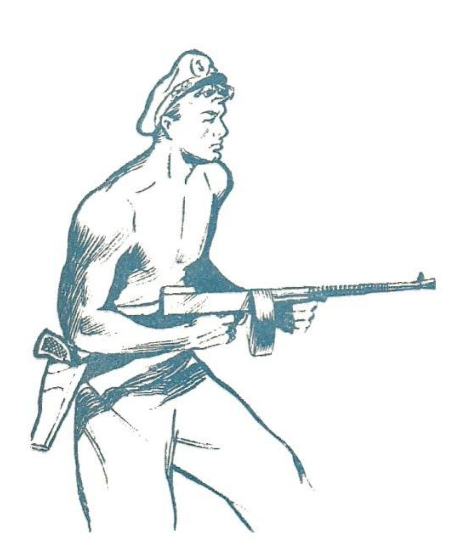
> «*Mister* Market: En el fondo le aprecio. Me he gastado dos mil dolares de mis treinta en un obsequio cordial. No viaje más en yate.
>
> *Ross Maloney*.»

Patsy Brend contempló en su estuche un ópalo aun sangriento…

> «Manzanita: Siempre te recordaré. Pero tengo que hacer fortuna y no puedo pensar en amor. Que encuentres al hombre que te mereces. Cuando me sienta triste, cosa que no creo posible, recordaré tu amable sonrisa.
>
> *Ross Maloney*.
>
> ¡Ah! Me voy al interior, muy al interior. Adiós.»

Buda sonrie con traidora humildad engañosa...

El CAPITAN PANTERA sonrie campechano y a diestro y siniestro, su vitalidad exhuberante impone un temor ejemplar.



Criminales
Aventureros
Piratas
Intrigantes
Tahures
Agitadores
Nihilistas

todo el hampa asiática
se alía contra él

Popular
Atlético
Noble
Trepidante
Enérgico
Risueño
Audaz

CAPITAN PANTERA

Su lema: Lealtad y quien pega primero pega dos veces.

Haga que su librero tome nota para guardarle el próximo episodio:

TERROR EN EL JAI-ALAI

Publicaciones LUX - Palma San Justo 14 - BARCELONA

SIMPAR